



“La esperanza la tenemos nosotros”

Experiencias y percepciones de jóvenes
afrodescendientes en procesos de
autonomía territorial

Observatorio
de Territorios Étnicos
Una apuesta por la defensa de los territorios



SERIE MEMORIA Y TERRITORIO 8

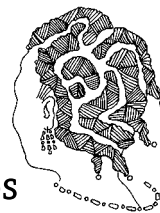


“La esperanza la tenemos nosotros”

Experiencias y percepciones de jóvenes
afrodescendientes de comunidades en lucha por
la autonomía territorial

Observatorio
de Territorios Étnicos

Una apuesta por la defensa de los territorios





Andi to pueta ta klaro ke ma majana ri ague, jue ma kamkamana ri maána agué to ane ten ke enteguesa, pá ta lito pato kusa loke mini pa tiela suto, pa suto sigui ku élé, i un bae pa uto pate.

(En todo lugar está claro que los jóvenes de hoy serán los líderes del mañana; en la actualidad deben buscar los medios de prepararse, para estar listos para los retos que afrontará nuestro territorio, para poder continuar en él y salir para otro).

Manuel Pérez Salinas, Palenque.

La gente siempre quiere ver en los jóvenes como el motor...
pero ellos no se han preocupado por entregar el motor.

Lupe, Aires de Garrapatero.

Vivir en el campo, eso es muy duro, trabajar la tierra es muy duro. Ahora uno no quiere la tierra, uno quiere buscar nuevos horizontes... la tierra no es para cualquiera

Brían, Aires de Garrapatero.

Si uno quiere llegar a alguna parte le toca salir de acá.

Mujer joven, Asocasan.

Si recuperamos nuestra juventud brindándole un lugar donde ellos puedan sacar toda la creatividad como un salón artístico y cultural, donde ellos puedan ir a pintar, donde los que también cantan puedan ir a cantar, donde los que tocan puedan ir y tocar, creemos que esa es la forma como podemos recuperar a nuestra juventud y el aspecto social de nuestra vereda.

Carlos Mezu Carabali, Aires de Garrapatero.

Ser un joven en esta comunidad es ser un cero a la izquierda.

Mujer joven, Asocasan

Para los adultos la esperanza de algo la tenemos nosotros.

Mujer de 16 años, El Carmelo, Asocasan.

Cuando uno está en la juventud, uno siente que el cuerpo le pica.

Luis Carlos, Palenque.



El Observatorio de Territorios Étnicos y campesinos es un proyecto de investigación y acompañamiento adscrito al Departamento de Desarrollo Rural y Regional de la Facultad de Estudios Ambientales y Rurales de la Pontificia Universidad Javeriana, financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid) y la Pontificia Universidad Javeriana.

Con la colaboración crítica y colectiva del equipo del Observatorio de Territorios Étnicos

Flor Edilma Osorio Pérez¹
Adriana Beltrán
Diana Victoria Márquez
Manuel Pérez Salinas
Nicolás Vargas

Autora

Flor Edilma Osorio Perez

Coordinación editorial

Nyria Ramírez Ortega

Fotografías

Nicolás Vargas
Dianne Rodríguez
Nyria Ramírez

Corrección de Estilo

Juan Andrés Valderrama

Diseño

Equilibrio Gráfico Editorial Ltda

Diagramación

Bernardo Arias

Impresión

JAVEGRAF

Bogotá, Colombia - 2013
ISBN 978-958-716-549-4

Esta publicación fue apoyada por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), en el marco del proyecto Construcción de un Observatorio de Territorios Étnicos. El contenido de la misma es responsabilidad de los autores.

Se permite la reproducción total o parcial de este texto siempre y cuando se cite la fuente.

El Observatorio de Territorios Étnicos y campesinos

www.etnoterritorios.org
Facultad de Estudios Ambientales y Rurales -
Departamento de Desarrollo Rural y Regional
de la Universidad Javeriana.
Transversal 4a. No. 42-00 piso 8 Bogotá D.C Colombia
PBX (57-1) 3208320 ext. 4838 - 4829

¹ Profesora del Departamento de Desarrollo Rural y Regional, Facultad de Estudios Ambientales y Rurales. Universidad Javeriana, Bogotá.



Contenido

Introducción	7
1. ¿Cómo se es joven aquí? Identidades territoriales, étnicas y de género	15
¿Qué es ser joven aquí?	18
Habitar el territorio: lo cotidiano rural	24
Valoraciones de su comunidad y su territorio	27
Nosotros y los otros: percepciones sobre los jóvenes de otros lugares	32
2. Tiempos de guerra en territorios colectivos afro	37
Algunos hechos significativos	40
Llegada de los 'paras' a Santander de Quilichao	40
Violencia armada y desarrollo en Asocasan, Tadó	42
Conflicto armado y desplazamiento forzado en La Bonga	43
¿Cómo nos ha tocado la guerra? Experiencias de jóvenes afro	45
3. ¿Salir o quedarse? Percepciones y expectativas	51
Futuros proyectados: ¿en el territorio o fuera de éste?	53
Proyecciones personales: entre lo que se quiere y lo que se puede	59
4. La juventud rural afro: presente y futuro de sus comunidades.	67
Sentidos, formas y espacios de participación	69
Jóvenes y procesos de autonomía territorial	73
¿Cómo potenciar la participación de la juventud?	81
Conclusiones	87
Bibliografía	93





Introducción

¿Qué percepciones y experiencias tienen las y los jóvenes en algunas comunidades afrodescendientes rurales frente a su relación con el territorio? Esta fue la pregunta que orientó este estudio exploratorio, realizado en el marco del Observatorio de Territorios Étnicos (OTE) y que surge a partir del reconocimiento de su importancia en tanto actores sociales clave en sus comunidades, así como de la evidencia del lugar marginal que ocupan en ellas. Sabemos muy poco de sus vivencias, opiniones y sueños. Conocerlos y comprenderlos constituye un paso preliminar para avanzar en el establecimiento de vínculos cada vez más fuertes y protagónicos.

Las relaciones entre juventud y territorio tienen múltiples ejes. Para este estudio escogimos cuatro. El primero tiene que ver con las vivencias de los jóvenes, que les permiten definir el ser joven en sus comunidades, precisando las dificultades y posibilidades que identifican para su realización personal y las alternativas para su mejoramiento. El segundo intenta identificar también formas, situaciones y valoraciones de la participación de las y los jóvenes en las comunidades estudiadas, en el marco de los procesos de defensa territorial. El tercero explora algunas percepciones y experiencias que tienen sobre las inmigraciones y retornos, así como sus expectativas y valoración al respecto. Finalmente, el cuarto propósito fue reconstruir algunas vivencias



y percepciones significativas relacionadas con la guerra. De manera transversal, la perspectiva de género se incluye como factor diferenciador importante en las experiencias, percepciones y prácticas. El ejercicio se hizo con hombres y mujeres jóvenes pertenecientes a comunidades afro, escolarizados y no. Esa recomendación específica, sin embargo, no siempre fue posible y mucho menos equitativa. El estudio se hizo en las tres regiones de trabajo que ha focalizado el Observatorio, con jóvenes pobladores de los siguientes consejos comunitarios:

- *Aires de Garrapatero y Zanjón de Garrapatero*, en el municipio de Santander de Quilichao, en el norte del departamento del Cauca. Estos consejos se conformaron como tales no poseen formalmente un territorio colectivo ni tienen un proceso en trámite al respecto. El trabajo se realizó con tres grupos de jóvenes de comunidades negras en las veredas de San Antonio, El Palmar y San Francisco¹.
- *Consejo Comunitario del Alto y Medio San Juan, Asocasan*, en el municipio de Tadó, departamento del Chocó. Desde 2001, este Consejo tiene titulación colectiva en una extensión de 53.000 ha, que corresponden a 90% de la zona rural del municipio y está conformado por 21 consejos locales.

- *Los consejos comunitarios de San Basilio de Palenque, Eladio Ariza y Santo Madero*, en Bolívar², al norte del país. Palenque, ubicado en el municipio de Mahates, presentó solicitud de titulación colectiva en de noviembre de 2006, por una extensión aproximada de 1.600 hectáreas, de las 7.303 consideradas territorios ancestrales. Según el Censo del Dane de 2005, el palenque de San Basilio tenía entonces 592 viviendas y 2.843 personas que conformaban 681 hogares. La encuesta del Sisben actualizada en 2007, identifica 3.762 habitantes. Las principales actividades productivas son la ganadería, que ocupa 26.000 hectáreas (90% del territorio), y la agricultura, con cerca de 2.800 (9,7% del territorio), actividades eminentemente masculinas. Las mujeres, por su parte, se dedican a la venta ambulante de productos como dulces y frutas en distintas ciudades de Colombia e, inclusive, fuera del país, especialmente en Caracas, Venezuela. “Los dulces son reconocidos por su sabor, así como por la particular forma en que son comercializados: en palanganas que son portadas en la cabeza por las mujeres “palenqueras”, que recorren las distintas ciudades colombianas promocionando sus productos a viva voz” (PNUD, 2008). La

¹ Trabajo de campo como apoyo a las actividades e investigaciones del Observatorio de Territorio Étnicos (OTE) como práctica social de la carrera de sociología de la Pontificia Universidad Javeriana. La presencia territorial del OTE corresponde para este caso en el municipio de Santander de Quilichao del departamento del Cauca, trabajando con los Consejos Comunitarios Aires y Zanjón de Garrapatero.

² En la región Caribe y el Departamento de Bolívar, existen aproximadamente 36 comunidades constituidas en consejos comunitarios que, en su mayoría, no tienen aún titulación colectiva de sus territorios.



población de Palenque se caracteriza por ser joven y por tener una distribución poblacional en permanente expansión, cuya edad promedio oscila alrededor de los 30 años (Soto, 2007). *Eladio Ariza*, ubicado en la vereda San Cristóbal, ha presentado varias veces la solicitud para el proceso de titulación colectiva, solicitud que solo fue aceptada el 9 de julio de 2010, por 600 ha; actualmente, el Incoder tiene todos los documentos requeridos para dar los últimos pasos reglamentarios para conceder el título colectivo a esta comunidad.

Santo Madero, por último, en la vereda Paraíso, se inscribió en 2009 en la alcaldía de San Jacinto y presentó solicitud para la titulación colectiva de su territorio en 2010.

Cada comunidad tiene sus propias características en términos productivos, organizativos y de conexiones regionales, así como de infraestructura de servicios y demás. Aquí, sin embargo, no las precisaremos, dado que el centro de nuestra atención es la voz de las y los jóvenes. Somos conscientes que este es solo el primer paso en un proceso que requiere mucha más profundidad, miradas de orden intergeneracional y una dinámica que favorezca procesos de inclusión, de protagonismo y de interacción de la juventud con los otros grupos etarios que habitan estos territorios.

Destacamos algunos aspectos particulares del proceso metodológico:



- El estudio fue una iniciativa del Observatorio y el trabajo de campo fue realizado por jóvenes investigadores. En el Chocó se contó con el apoyo de Adriana Beltrán, estudiante de ecología en práctica social, quien adelantó varios talleres y entrevistas; los investigadores regionales del Observatorio hicieron una decena de encuestas. En el Caribe, el trabajo lo efectuó Manuel Pérez, joven poblador de Palenque; se contó además con entrevistas de Nicolás Vargas, estudiante de ecología, quien realizó su trabajo de grado en San Basilio. En Zanjón y Aires de Garrapatero la responsabilidad del trabajo estuvo a cargo de Diana Victoria Márquez, estudiante de sociología de la Universidad Javeriana, quien hizo su práctica social en dichas comunidades. Así se conformaron los equipos regionales.
- En esa medida, esta experiencia investigativa se inscribe en un proceso de formación de jóvenes investigadores, intención que ha tenido el Observatorio, pero que aún tiene muchos



vacíos. Así, por ejemplo, el seguimiento del proceso no fue continuo y la oportunidad en la entrega de los informes fue desigual.

- Los propósitos generales del estudio se compartieron con los equipos regionales, sugiriendo algunos ejercicios, pero se dejó a iniciativa suya la adaptación en cada lugar. La comprensión de quiénes son los jóvenes es parte de lo que buscamos delimitar en cada lugar, desde las prácticas y categorías de cada comunidad.
- Por ello, en cada lugar se diseñaron actividades diferentes, alrededor de preguntas clave, con reuniones y talleres frecuentes para facilitar una reflexión colectiva. En el Chocó se hicieron algunas encuestas a jóvenes mujeres y hombres, instrumento que si bien facilita alguna información tiene restricciones importantes, en especial frente a dinámicas de orden colectivo. En el caso del norte del Cauca, el proceso incluyó el desarrollo de algunas actividades como video foros³, conversatorios, entrevistas y una capacitación inicial en radio, con miras a su continuidad. Allí mismo, los jóvenes solicitaron ser invitados a los espacios de formación del OTE, demanda que se respondió muy rápidamente en coordinación con los consejos comunitarios, que son los que definen las convocatorias. Un trabajo previo, que ya se venía

adelantando desde el OTE para formar “mapeadores comunitarios”, constituyó un espacio importante de protagonismo de los jóvenes, especialmente en el Caribe y, en menor medida, en el Chocó. La experiencia, que se sistematizó en una publicación⁴, muestra su importancia por la formación y por la posibilidad de articularse vitalmente con la problemática territorial de sus comunidades, en diálogos con los adultos y mayores. Estos grupos han podido realizar pasantías cortas en otras comunidades para orientar procesos de demarcación, como lo hicieron los del Caribe en Cauca, afianzando así la relación entre pares.

- Los reportes regionales tuvieron diferente alcance y énfasis, y su elaboración tiene el sello de cada uno de los responsables. Este texto retoma de esos informes los testimonios, y los entreteje con reflexiones teóricas, los sitúa en una perspectiva de contraste. Optamos por dejar los nombres de quienes dan los testimonios, aun cuando en algunos aspectos preferimos omitirlos. En cualquier caso, nos interesa situar en un lugar protagónico la palabra de las y los jóvenes y abrir el espacio para que otras voces se vayan sumando a la discusión y a la opinión. En sentido estricto, entonces, no se trata de un estudio comparativo entre

3 Documentales: *La Toma, territorio con muchos pretendientes e ¿Independencia para quién?*

4 Ver Herrera, Johana y Flor Edilma Osorio. 2012. *Mapeo social y prácticas de autonomía territorial*. Observatorio de Territorios Étnicos. 2012. <http://etnoterritorios.org/CentroDocumentacion.shtml?apc=x-xx-1-&x=237>



las diferentes regiones, sino de un estudio exploratorio que contrasta los hallazgos encontrados y los pone en sintonía, con miras a dar cuenta de tendencias en términos de diferencias y similitudes en la percepción, los intereses, las demandas y las propuestas de las y los jóvenes.

- En el conjunto de las tres regiones se dialogó con cerca de 60 jóvenes. En cada una, así como en cada lugar, se vivieron dinámicas y ritmos particulares, en términos de frecuencia y flexibilidad, según la disponibilidad. Para algunos jóvenes participantes, asistir a estos espacios requirió un esfuerzo por cuestiones de transporte y de tiempo, por fuera de la jornada escolar.

¿Quiénes son las y los protagonistas de este estudio? Tenemos un acercamiento más detallado a unos grupos que a otros.

En Aires de Garrapatero, Diana Victoria Márquez desarrolló varias actividades en tres espacios de encuentro: en la vereda de San Antonio, con la participación de entre 6 y 10 jóvenes de 16 a 21 años; en El Palmar, con la asistencia constante de 6 entre 13 y 18 años; y en San Francisco, donde se contó con jóvenes de esa vereda y con los de la vereda de Mazamorrero, para un grupo que osciló entre 6 y 13 jóvenes de 13 a 21 años. La gran mayoría estaban estudiando.

En el caso del Caribe, en Palenque se consultó a dos grupos de jóvenes. El primero, con el cual se



hizo un trabajo más profundo, estuvo conformado por siete personas, dos mujeres y cinco hombres entre 16 y 23 años, son estudiantes y pertenecen al grupo de mapeadores impulsado por el OTE. Sus padres trabajan en la agricultura, las madres como vendedoras de dulces y una de ellas como peinadora en la playa de Cartagena. Tienen entre 2 y 6 hermanos. De acuerdo con la cultura palenquera, todos pertenecen a un kuagro o grupo de pares, que tiene su propio nombre: “Mochileros”, “Las Cole”, “Los Pupis”, “Benkos Kusuto”, y se identifican también por habitar uno de los sectores del pueblo: zona alta o zona baja. Casi todos pertenecen a la escuela de danzas y músicas tradicionales Batata. Una de las chicas cuenta: “Estoy embarazada de mi novio, pero vivo con mi mamá”. Uno de ellos, Carlos, se desempeñó como Consejero de Juventud en Mahates en 2010. El segundo grupo estuvo conformado por estudiantes y no estudiantes, entre 15 y 23 años de edad, que no están en el grupo de mapeadores; uno de ellos es padre de una niña de cinco años.



En San Cristóbal los entrevistados fueron cinco jóvenes: Melvis, de 24 años, quien no ha terminado sus estudios, pertenece a la red de jóvenes, es vicepresidente del consejo comunitario Eladio Ariza de San Cristóbal y forma parte del grupo de cartógrafos del Caribe. Casado, y con dos niños, es agricultor y ha sido desplazado por la violencia. Manuel, por su parte, cursó hasta 5º de primaria, actualmente no estudia y es agricultor. Yefri, con 17 años, tiene 5 hermanos y es agricultor también. Yosadri pertenece a la organización de mujeres de San Cristóbal y al grupo de cartografía. Y Malvis, con 26 años, pertenece al consejo comunitario Eladio Ariza de San Cristóbal y tiene 5 hermanos. En Paraíso se trabajó con un grupo de tres mujeres y un hombre, todos participantes del grupo de cartografía. Luceli, de 15 años, es estudiante de 9º grado y pertenece al grupo de danza de negro y al programa de educación séxtula. Indira, estudiante de 8º grado, tiene 17 hermanos. Leonel, de 17 años, estudia en 9º grado y tiene 12 hermanos. Yuleidis, con 16 años, es estudiante de 8º grado, tiene dos hermanos y es la secretaria del Consejo Comunitario del Paraíso.

En el Consejo Mayor del Alto San Juan-Asocasan, Chocó, Adriana Beltrán entrevistó en mayo de 2011 a siete estudiantes del colegio Nuestra Señora de Fátima en Playa de Oro, dos mujeres y cinco hombres entre 20 y 17 años, estudiantes de 10º y 11 de las comunidades de Angostura, El Tabor, Playa de Oro y Carmelo. Los asuntos tratados allí tuvieron que ver con características y costumbres de la

comunidad, el significado de ser joven, las actividades de los jóvenes, las diferencias con jóvenes de otras partes del país, las dificultades para serlo en su comunidad y las ventajas de vivir en allí. Ella realizó también un conversatorio en Playa de Oro con estudiantes del mismo colegio, el 27 de abril de 2011, en el que participaron seis jóvenes, tres mujeres y tres hombres, de Playa de Oro, Carmelo y El Tabor, entre los 16 y los 20 años. Para el asunto migratorio se desarrolló una lluvia de ideas, usando fichas de visualización. Cada uno contaba con tres fichas que usaron así: en la primera escribían la ciudad donde los jóvenes de su comunidad migraran más, en la segunda para qué iban a dicha ciudad y en la tercera por qué salían de su comunidad. Luego de esto se recolectó la información y se hizo una pequeña discusión alrededor del problema.

La autonomía territorial de las comunidades afrodescendientes recibe amenazas externas constantemente, provenientes del gran capital que tiene inversiones en cultivos agroindustriales, explotaciones mineras u obras de infraestructura, por mencionar algunas. Sin embargo, es necesario asomarnos también a las amenazas internas, que por lo cotidianas pasan desapercibidas en las comunidades. Una de ellas tiene que ver con las brechas en los relevos generacionales que pueden estar abriendo verdaderas fisuras que, a mediano plazo, podrían producir rupturas en estos



procesos tan duramente peleados. Una dirigencia *adultocéntrica* restringe, cuando no excluye, la participación de las y los jóvenes en estos procesos territoriales.

La migración de las y los jóvenes constituye una fuerza expulsora de sus comunidades y no es una condición exclusiva de comunidades afro. Es claro que los medios de comunicación, la escuela y las familias mismas, constantemente envían mensajes en los que se sitúan el progreso y el bienestar deseado a las nuevas generaciones en las ciudades, fuera del campo. El espejismo de la modernización centrada en las ciudades es sin duda una tensión importante que se teje dentro y fuera de las comunidades y que invita a la migración rural-urbana, con retornos inciertos. Pero es indudable además que la guerra que se vive en muchas regiones del país ha tenido como víctimas y victimarios a los jóvenes, especialmente hombres, siendo en muchos casos el temor a su reclutamiento forzado un factor que genera el desplazamiento forzado de las familias.

Sabedores de las restricciones y los alcances modestos de este estudio exploratorio, consideramos que es un esfuerzo colectivo valioso, que puso a discutir explícitamente el lugar de los jóvenes, facilitando la reflexión de ellos mismos sobre su situación y, en algunos casos, facilitando desde todo el equipo del Observatorio, en diversas actividades, acciones concretas que los van situando en lugares de protagonismo local.

Para facilitar la ubicación de las y los lectores, hemos optado por mantener un mismo orden en la presentación de los testimonios. De esta manera aparecerán siempre en primer lugar las reflexiones de la juventud del norte del Cauca, seguidas por las del Chocó y, finalmente, por los comentarios de la juventud del Caribe.

Queremos aprovechar la oportunidad para compartir la información recogida y para suscitar en las y los lectores sus reflexiones en torno a los asuntos tratados. Al final de cada sección hay un lugar para escribir, dibujar o representar esas percepciones y reflexiones. Sean estas preguntas y discusiones un pretexto para pensar de nuevo nuestra juventud y la de nuestras hijas e hijos, sobrinos, nietos y vecinos, para compartir y ampliar conversaciones al respecto que tiendan puentes para el diálogo y la acción que parta del reconocimiento de las y los jóvenes de hoy, aquí y allá, en su terruño.



¿Cómo se es joven aquí?

Identidades territoriales, étnicas y de género

El primer asunto dialogado se refirió a las experiencias e identidades de lugar. ¿Qué y cómo es ser joven en esta comunidad? ¿Cuáles son sus vivencias? ¿Qué diferencias y semejanzas encuentra con jóvenes de otros lugares o de aquí mismo que no son de la comunidad? ¿Qué dificultades y problemas identifica para la realización personal de la juventud aquí? ¿Qué ventajas y posibilidades encuentra al respecto?

Las respuestas a tales interrogantes surgen de sus experiencias y de su lugar en la sociedad como jóvenes, mujeres u hombres, habitantes de lugares rurales, parte de comunidades afrodescendientes, con dinámicas distintas en torno a la autonomía territorial en lugares diferentes de la geografía nacional. Su edad, lugar habitado, género y pertenencia étnica, entre otros aspectos, configuran lo que llamaremos referentes identitarios. Nuestras vivencias son diferentes según el lugar que ocupemos



en la vida familiar y comunitaria. Detengámonos un momento en cada uno de estos cuatro referentes. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de juventud? La noción de juventud se sitúa en una franja de edad delimitada y situada entre la niñez y la adultez. Con frecuencia se asume que es un tiempo de transición y, por lo mismo, tiende a considerarse a quienes están en esa edad como personas a las que no se les escucha suficientemente, pues apenas están en formación. Se les promete que se les escuchará cuando sean adultos y más responsables. Esa idea equivocada lleva a que sus aportes y su manera de ver las cosas no se valoren, perdiendo el potencial creativo y analítico y la vitalidad que ofrecen a sus familias y a su vecindario.





En las zonas rurales es frecuente sin embargo que por la incorporación de las y los jóvenes al trabajo y a responsabilidades familiares, el tiempo que se da a la juventud para que se capacite, se recree y se forme, sea muy corto y restringido. Es ahí cuando cobra importancia el comentario hecho por un joven campesino del sur del país: “Aquí hay muchos jóvenes pero no hay juventud”.

En la medida en que la educación se ha configurado como una apuesta social generalizada, el fin del bachillerato y de la universidad marcan usualmente el tránsito entre la juventud y la adultez. Ahora bien, esa mayor o menor duración de la edad de la juventud es una construcción social que cambia según la época y el lugar. Las cosas que se permitan y se prohíben hoy son diferentes a las de hace diez o veinte años. Además, en una misma época puede ser muy diferente lo que pasa en ciudades como Cartagena o Bogotá, y las costumbres en Paraiso o en Ibordó. La edad como categoría identitaria no tiene fronteras fijas y precisas, pues puede ampliarse o reducirse en función del auto-reconocimiento, es decir por la manera en que cada uno de nosotros se percibe.

¿Cómo es el asunto del género? De los muchos referentes que influyen en las vivencias que tenemos del mundo, una muy profunda y marcadora es la de

nuestra experiencia en tanto mujeres u hombres⁵, que supone expresiones de jerarquía y de desigualdad. El sexo es un factor de condicionamiento biológico que nos sitúa muy rápidamente con diferencias significativas, muchas de ellas relacionadas con la transmisión de la vida que, sin embargo, no son totalmente inmodificables. A partir de estas diferencias obvias y fundamentales, las sociedades van definiendo históricamente unas construcciones sociales en torno a esa dualidad hombre-mujer, las cuales han sido denominadas como género. El género es un “elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y (...) una forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1996: 44). Abordar las tensiones y exclusiones de género implica no solo una reflexión hacia la sociedad, hacia los otros, sino que nos interpela en tanto sujetos sexuados, hombres, mujeres o cualquier otra categoría, en situaciones personales acompañadas por lo general de una fuerte carga de afectos y emociones. Es decir nos concierne y nos involucra profundamente, pues allí se insertan nuestros afectos más profundos de pareja, de padres y madres, de hijos e hijas. El género y la edad están cruzados además por otras categorías como la etnia, de gran importancia en este estudio, en la medida en que desde el

5 Esta mirada dual femenino-masculino, a la que estamos acostumbrados, es sin embargo una simplificación y una forma de ordenar y controlar, sobre la cual no nos detendremos aquí. La dualidad del sexo y del género requiere una revisión profunda para abrir nuevas categorías; se requiere deshacer “el género” deshacer las nociones dominantes para “hacer” el propio género (Butler, 2006). Este debería incluir el transgénero, la transexualidad, la intersexualidad, las teorías feministas y queer, las cuales no son aisladas, sino que se traslapan de manera diversa. El cuerpo, en su doble dimensión, pública y privada, está en el centro de estas discusiones, así como el papel de la tecnología para su modificación.



Observatorio estamos acompañando comunidades que son reconocidas y se reivindican como afrodescendientes. Lo afro es, entonces, un factor que aglutina y construye ese nosotros como pobladores y como comunidad. Al igual que con los otros referentes mencionados, las fronteras étnicas no pueden asumirse como algo natural, sustancial e inmodificable, sino que se sitúan en el marco del “principio sociológico de la determinación recíproca de los grupos sociales” (Giménez, 2006: 133). La pregunta sobre el sentido y el alcance de la etnicidad como referente identitario se remite con frecuencia a un origen común y a una memoria colectiva, desde la cual se transmite selectivamente y se interpretan acontecimientos y personajes que se constituyen en símbolos significativos. Es lo que se considera como una “consanguinidad imaginaria”, que supone una pertenencia fundada “en la representación colectiva de un vínculo de parentesco”, que da cuenta de un pasado compartido (Giménez, 2006: 138).

Nuestras experiencias remiten usualmente a algunos lugares concretos. Para la experiencia étnica, el lugar físico, que también es simbólico, se constituye en un referente muy importante que corresponde a la identidad territorial. Habitar y pertenecer a familias y colectivos rurales nos da unos referentes específicos marcados por paisajes, costumbres, aromas, distancias, dificultades y facilidades. Junto con esas experiencias directas que nos marcan, en nuestra valoración pesa la experiencia de reconocimiento, desprecio o afecto que otros hagan de ese



lugar propio. No se trata de que repitamos mecánicamente la valoración o el desprecio que otros hagan de nuestro lugar, pero la opinión de los otros contribuye de muchas maneras a la nuestra.

Dar cuenta de las condiciones y posiciones derivadas de este cruce de referentes identitarios derivados del género, la edad, el territorio y la etnia, que convergen en las y los jóvenes, plantea diversas exclusiones e inclusiones, múltiples expectativas, intereses y tensiones. A esos traslapes e influencias se refieren ellas y ellos a continuación.



¿Qué es ser joven aquí?

La juventud va de los 12 hasta los 18... ya uno cumple la mayoría de edad, toma las decisiones personales aparte de la familia... Uno empieza a postularse como lo que quiere ser. Por ejemplo, un chico de 17, de 15 años, ya se proyecta al futuro qué es lo que quiere para su vida. Yo en mi caso, yo veo un futuro para mí con mucho éxito... Ser joven significa compromiso con uno mismo y en general con todo, porque como uno ya va creciendo pues uno ya no puede estar con la misma niñez que mantenía... al pasar el tiempo, uno ya deja de jugar y jugar... va dejando la niñez a un lado (hombre de 17 años, El Palmar).

En las veredas de San Antonio y San Francisco, en el norte del Cauca, la edad tiene sus propios significados. Si bien para unos cumplir 18 años es comenzar

con la juventud, para otros esta edad es el límite para dejar de serlo. Cumplida esa edad se asumen responsabilidades como formar una familia y trabajar.

Para algunas chicas, entre 17 y 19 años, la juventud es “una dura etapa de superación; no sabemos lo que queremos, falta experiencia para tomar decisiones pero, sin embargo, creemos saberlo todo y estar en la cúspide de la sabiduría... tiempo de reflexión, pensamos que todos están en nuestra contra”. Para ellas, ser joven implica una conciencia sobre la responsabilidad; se hacen múltiples “esfuerzos para hacer muchas cosas buenas, te capacitas y estudias para la vida”, manteniendo la distancia con la autoridad, siendo “respetuosos con sus mayores, sin igualarse con sus padres”.

La juventud implica también un tiempo de goce. Es “pasar buenos momentos, sentirnos orgullosos de nuestros logros, es alegar con nuestros padres cuando hacemos algo que no queremos hacer” (mujer de 17 años, San Francisco). Y cuando se tiene más de 18 años, “poder salir hasta tardes horas de la noche, poder tomar” (mujer de 19 años, El Palmar). Para los hombres jóvenes entre 16 y 19 años, esta etapa es para disfrutar sin muchas reglas o compromisos. “Vivir, recochar, gozar, rumbear, jugar, bailar, reír y estudiar, andar con amigos y divertirse”.

Es un periodo para estudiar, en estos tiempos en que ello es posible, gracias al trabajo ‘duro’ de sus



mayores para que la juventud pueda disfrutar de todo, sin tener que preocuparse tanto por aquellas labores que no gustan. Por ello se trata de

disfrutar de todo lo que se ha construido con empeño (por) nuestros abuelos y nuestros padres, de tal forma que ahora nosotros podemos disfrutar de todo. En tiempo de antes, hasta donde yo escucho, los jóvenes en ese tiempo mantenían como muy atareados, ellos estudiaban, salían para la casa a cocinar, tenían que salir a trabajar, a buscar el sustento (...). Ellos hicieron ese esfuerzo para que nosotros ahora nos preocupemos no más por el estudio, responderle a ellos mediante eso, que nos vaya bien entonces; es disfrutar todo eso que ellos fueron construyendo, para que nosotros tengamos una buena vida (hombre de 17 años en El Palmar).

Las costumbres han cambiado. Así lo confirman también adultos como don Marcelino, de 87 años: “Antes la cosa era muy distinta a ahora, porque... ¡nooo! Ahora ya la juventud todo lo tiene fácil, porque cambió todo”. En el norte del Cauca la vida cotidiana se fue transformando para los pobladores cuando llegaron la roya y la broca del café y “la peste” del cacao y el frijón. Antes se pensaba en estudiar en una escuela sin dejar de lado el trabajo de la tierra; se ayudaba en los cultivos y se heredaba la tierra para seguir cultivando, cuenta Luis Ardi, historiador local.

Pese a los cambios registrados, muchos jóvenes siguen ayudando en el trabajo familiar desde muy temprana edad, en el trapiche, en el desyerbe de la yuca y la piña. Con el paso del tiempo van saliendo de casa, trabajando en pequeñas cosas en el pueblo. Los hombres, especialmente, desean terminar pronto el colegio para salir a “buscar mejor vida” en otro lugar.

En el Chocó, las y los jóvenes de Asocasan insisten en referirse a la juventud en contraste con lo ya vivido en la niñez, más que en comparación con los adultos. En palabras de Kelly, la juventud es “algo muy rico, porque uno va creciendo y experimentando cosas nuevas, siempre uno va viendo cosas nuevas; ya uno no es un niño y ya tiene que pensar en salir adelante por sí mismo, que a uno nadie lo mantenga, sino decidir cómo va a hacer para mantenerse”. Ser menos dependiente y más autónomo que cuando niños parece ser una frontera que los sitúa como jóvenes, aspecto que se relaciona en especial con tener ingresos propios. “Me siento como joven por tener madurez, sentido de pertenencia en las cosas y responsabilidad por lo que me comprometo a hacer”, dice un joven de 18 años. Con la juventud se gana en experiencia y madurez, en capacidad reflexiva y se “toma valor de las cosas”, dice Tatiana. También es capacidad de proyección, “teniendo más interés y conocimiento para tener un buen futuro”. Es “pensar más en lo que viene para la vida”. Supone entonces “hacer mis cosas personalmente, con responsabilidad y no esperar a que otros me las hagan”, expresa otro muchacho.



La esperanza la tenemos nosotros

La fiesta y la rumba son parte fundamental de la juventud. “Me gusta mucho el baile, andar de parranda, tener amigos y hay veces que me olvido de todo a mi alrededor, entonces solo pienso en bailar, en estar divirtiéndome”, continúa Kelly. “El baile, las reuniones y las rumbas son diferentes a los adultos”, confirma Lina.

Un grupo de estudiantes de consejos locales diferentes, que participó en uno de los talleres y vive aún con sus padres, identifica ciertas diferencias en términos de su relación de dependencia con ellos. “Todo nos lo dan, en cambio los de Carmelo y El Tabor se ha notado que trabajan más que uno”, expresa Tatiana. “Mi padre a mí no me da todo. Es más. Yo le digo que no se esfuerce por mí, porque yo puedo hacer cosas por mí, aprender a hacer las cosas... a los jóvenes del Tabor nos gusta trabajar mucho, a los jóvenes de aquí de Playa de Oro les gusta que todo se los den los padres”, comenta Leaver, confirmando la apreciación de Tatiana.

Una dimensión interesante señalada por las y los jóvenes es la de ser la esperanza de los adultos:

En mi comunidad ser joven significa muchísimas cosas; para los adultos la esperanza de algo la tenemos nosotros. Ellos nos enseñan a coser, sembrar, criar, etc. Es para que no se pierdan las costumbres en la comunidad. También nos enseñan todo acerca de la fiesta de la virgen del Carmen; quienes allí más participamos somos



los jóvenes, en las procesiones, bundes, en todo, precisa una chica de El Carmelo.

En ese mismo sentido, en Angostura se señalan aspectos muy positivos y optimistas. Ser joven:

“Es implementar todo cuanto podemos, aprender a salir adelante y ser una persona de bien”; “significa mucho ya que nos tienen en cuenta en la mayoría de las cosas como lo político, eventos comunitarios, etc.”; “es ser creativo, pensar positivo y productivamente, realizar trabajos que lleven el fin del desarrollo social de la comunidad, etc.”.

La valoración positiva de la juventud incluye “las oportunidades de hacer cosas muy importantes, como ser alguien en la vida para ayudar a nuestra gente”; y el reconocimiento de que “los jóvenes de mi comunidad son bien responsables, amables, colaboradores y les gusta trabajar en sociedad”.

En contraste, en una encuesta⁶, una chica de 18 años señala que “ser joven es no contar para los demás. Ser un joven en esta comunidad es ser

⁶ Realizada a diez jóvenes de ambos sexos en diciembre de 2011.



un cero a la izquierda”. Las vivencias de las y los jóvenes mezclan una gama de sentimientos de esperanza, potencial, indiferencia y falta de reconocimiento, constituyen una amalgama de vivencias derivadas de situaciones sobre las cuales no tenemos información. Respuestas tan diferentes entre comunidades vecinas, próximas en sus experiencias de socialización, en sus recursos y posibilidades, nos plantean preguntas sobre la influencia de las metodologías aplicadas en las respuestas obtenidas⁷. Desde otro lugar de la geografía nacional, el Caribe, la juventud de Palenque comparte sobre qué es ser joven allí. “Vacilarla, gozarla es cosa de jóvenes, porque los abuelos no se ponen en eso”, dice Carlos. Definirlo no es fácil. “Yo no tengo palabras para decirte qué es ser joven. Porque el ser joven es como una etapa para las personas, porque cuando uno está en la juventud, uno siente que el cuerpo le pica. Quiere hacer y deshacer, como si quisiera volar”, plantea Luis Carlos. Y Lewis confirma: “Es gozar la vida, estar en la jugada”. Mirado en perspectiva de lugar, la juventud palenquera tiene algunas particularidades. “Aquí en Palenque, no tomamos la ley estándar para la juventud sino que aquí el joven es aquel que así se siente. Desde los 14 años hasta 40 porque, digamos, todavía tenemos esa capacidad de trabajar”,

plantea Carlos, quien estuvo como Consejero de Juventud en Mahates.

De acuerdo a la ley 375 ser joven significa la persona entre los 14 a 26 años cumplidos, de acuerdo a la ley de juventud; y para nosotros los palenqueros pues la juventud es como hasta los cuarenta años, porque todavía las personas que tienen cuarenta años gozan de los espacios de participación masiva donde se encuentran los jóvenes.

La alegría se señala también aquí como una característica que no solo es de los jóvenes, sino de su etnia.

Somos alegres gracias a que llevamos sangre africana, aunque a veces nos discriminan por ser negros y tener una nariz un poco grande y aplastada. En Palenque, el ser joven es la mejor etapa que hay, porque siempre se demuestra toda la alegría, el entusiasmo; nos gusta experimentar, se quiere ver y saber de todo, dice Keila.

Para Rafael, “Ser joven es estar a la moda. Porque aquí en Palenque si tú no estás a la moda es porque tú no estás joven y estás viejo (...). Aquí en Palenque el que no tiene novia no está joven”.

⁷ Las respuestas plenas de optimismo corresponden a un ejercicio que consistió en elaborar una carta para enviarla a un extraterrestre respondiendo la pregunta ¿qué es ser joven aquí? En tanto la respuesta bastante crítica sobre la falta de reconocimiento y de ser cero a la izquierda se dio en una encuesta. ¿Motiva la carta una visión tan idealista de la juventud? Nos preguntamos también si antes del ejercicio con las y los jóvenes hubo experiencias con fuerte carga positiva o negativa que se trasladaron a la carta. Son inquietudes para las que no tenemos respuesta.



La afirmación étnica es explícita. “Se diferencia de los demás por su color, habla y costumbres afros o negras ancestrales (...). Ser un joven afro es no esconder su identidad, no avergonzarse por su color y todas las características de su raza en general. Es estar orgulloso de ser negro”, dice Andris. “Nosotros los jóvenes afro tenemos los mismo derechos que el resto de las etnia del país, y no debemos ser discriminados”, expresa con vehemencia Luis; y cierra Alberto: “Ser como uno es y no maltratar a los demás porque sean blancos, sino tratarlos como son, como dios manda”.

Junto con los reclamos para el trato no discriminatorio, una chica de 20 años señala algunos problemas de la juventud en San Basilio. “La juventud palenquera está corrompida porque hay muchas que salen embarazadas sin edad, que tienen marido sin edad, hasta yo estoy haciendo muchas cosas malas sin la edad”⁸.

Según Gabriel,

se tienen muchas ventajas, pero también desventajas; la ventaja es que el joven va a asistir a todas partes donde lo inviten, va a convivir, va a disfrutar lo que es posible en ese momento; y las desventajas es que también el joven va a tener sus resbalones, se va a temer que caiga en las drogas.

Ser joven en el “aquí” situado, es decir en el presente y en el lugar que están habitando, remite a la cotidianidad de un vecindario pleno de costumbres, de historias y de memorias comunes. En opinión de un joven palenquero:

Es una etapa muy importante... donde uno es más alegre y donde uno más muestra su alegría de acuerdo con los diversos tipos de baile, de festividades que realiza la comunidad. Entonces uno tiene libertad para reunirse con sus compañeros, disfrutar de dichas actividades. Igualmente en el colegio, cuando estamos estudiando tenemos muchos amigos, y siempre estamos alegres, unidos en la etapa de la juventud. Yo creo que la juventud acá en San Basilio de Palenque es muy importante respecto a la cultura y a todas las cosas que nos rodean acá.

Por la vía de la alegría y la fiesta no habría frontera en la edad para diferenciar a la juventud: “En mi parecer, ser adulto y joven es como lo mismo, porque... hacemos lo mismo, tenemos la misma capacidad de un joven. Porque si un adulto baila, un joven también baila, todos tenemos la misma capacidad, lo que un joven hace [es lo mismo] que un adulto hace”.

Sin embargo, esta opinión no es homogénea.

⁸ Esta preocupación no es infundada. Según el Censo de 2005, 24,3% de las mujeres entre 15 y 19 años que habitan en San Basilio de Palenque habían tenido hijos, porcentaje superior al del departamento de Bolívar y la región Caribe. De 105 casos de mujeres entre 10 y 17 años que en 2007 estaban embarazadas en Mahates, 56% residía en San Basilio de Palenque (PNUD, 2008).



Yo sí creo que es muy diferente, porque el joven puede formar kuagros, que es muy diferente. Más bien los adultos ya vienen formando como que especie de juntas y cosas. Los jóvenes pueden formar kuagros, que se forma con integrantes o jóvenes de la misma edad, que vienen compartiendo desde pequeñitos. Y más bien los jóvenes hacen cosas, hacen bailes que los adultos por tener cierta edad no los hacen. Yo sí creo que es algo muy diferente dependiendo de la edad.

Desde la perspectiva de la vida cotidiana y de las prácticas culturales, en San Basilio de Palenque sus habitantes mantienen una tradición de colectivos denominados kuagros, en los que la edad es la clave para establecer fronteras. Si bien “desde pequeñitos se ve como la amistad, y cuando ya están grandes que toman un poco más de conciencia dicen ya —Vamos a formar un kuagro’, y le buscan un nombre, así que desde ahí quedan identificados como el kuagro de Las Keruye y otros los Caralimpia, y otras cosas”.

En el mismo Caribe, en San Cristóbal, una comunidad vecina de Palenque, la reflexión gira en torno a la juventud negra. Yefri, Yosadri y Malvi insisten en tener la conciencia y el orgullo de ser negros.

Ser joven afro es sentirse orgulloso de su color o de ser negro, por nuestra alegría, porque somos diferentes a otras personas. Y que no

sea como otras personas que creen que somos unas personas ‘animaladas’ como nos trataban antes, porque somos de carne y hueso y nos merecemos un buen trato. Somos fuertes y alegres sobre todo, plantea Melviss.

Muy cerca de allí, en Paraíso, la discusión colectiva plantea la relatividad de la edad cronológica. Ser joven es

una persona que se valora por lo que es, una persona que no se cree más ni menos que otro. Ser joven aquí es cuando la persona se siente bien, no tiene que ver con la edad, porque tienen hasta 50 y quieren estar haciendo cosas de pelaos, y se sienten como nuevos. Mi madre, que tiene 56 años, manifiesta que en el pueblo es común decir con esta edad que se siente joven y aunque tenga más. Porque la juventud no es cómo se vea la persona, sino cómo se sienta; es el estado de ánimo, señala Indira.

Yuleidís, reafirma esta misma idea:

Para mí es sentirme única y que todo el mundo sepa que tengo un espacio en el mundo. Por otro lado, por lo que escucho decir aquí, los mayores que tienen hasta 60 años se sienten jóvenes. Por eso, uno dice que la juventud aquí demora hasta que el cuerpo lo resista (...).



También hay pelados de 20 que se sienten o se ven como viejos.

Los jóvenes afro tienen la misión de representar “nuestra raza dentro y fuera de mi comunidad”, dice Leonel. Por eso, Luceli comenta que “es necesario que los mayores nos vayan enseñando las tradiciones, para mantener, nuestra cultura. Y así mostrar lo que llevamos por dentro, de la gente negra”.

Para Nubis, Lucelis y Yubeidis, tres chicas entrevistadas⁹, ser joven es el disfrute “a plenitud... conocer muchas cosas”. Es aprender “de lo que nos dicen los adultos”. La muchacha que

ya no sale a ningún lado, no conoce... no disfruta la vida como ella quiere, sino como el marido decida, entonces no disfruta su juventud.. Si no la disfrutamos ahora, ¿cuándo la vamos a disfrutar? ¡Cuando estemos viejos ya pa'qué!

Ese disfrute, sin embargo, tiene restricciones, porque “no es que ‘vamos a disfrutar la vida como uno quiera’, porque mientras estemos a cargo de un papá y una mamá tenemos que hacer lo que ellos nos digan”. Sus actividades diarias son variadas: “Estudiar y ayudar a nuestras madres en nuestra casa. También jugar, divertirnos. A veces cuando salimos para acá, a hacer los talleres... y así. Y

a veces hay fiesta y va uno a la fiesta a recrearse. Ahora está el circo, vamos al circo, al parque. Caminamos las calles”.

Habitar el territorio: lo cotidiano rural

Habitar un lugar supone ser y estar ahí, lo cual nos permite configurar un sentido de lugar que es fundamental para generar pertenencia colectiva, ubicación en lo global y sentido diferenciador con los otros. Habitar un lugar significa desarrollar allí la vida cotidiana en términos de ocupación, prácticas, relaciones y vínculos con el entorno y con los demás, en un proceso interiorizado, poco perceptible, que va de la mano con las dinámicas de socialización y la construcción de historias y memorias comunes. Aunque falta aquí mucha más información de esa vida cotidiana de las y los jóvenes en los diferentes consejos comunitarios, se señalan algunas de las prácticas que se relacionan más con el uso del tiempo libre, luego de la escuela y el fin de semana.

Para un hombre joven, un sábado cualquiera en San Antonio está marcado por la búsqueda de trabajo, “por ejemplo como ayudante para cargar o cobrar el dinero del pasaje... me arreglo y rumba hasta el otro día”. Para otro significa una “jornada de trabajo en la galería. En la noche salir a farandulear

⁹ Entrevistas realizadas por Nicolás Vargas en primer semestre de 2011.



un rato a los video juegos, hablar con mis amigos y, a veces, a rumbear” (hombres de 17 y 18 años). Escuchar música y salir con amigos a ‘recochar’ es parte importante de una tarde de sábado.

Para las mujeres el sábado tiene otras rutinas. “Ordenar la casa, ver TV. Me gusta charlar con mis amigos y recordar ocasiones especiales, ayudar a mi hermana con las tareas; voy a la finca con mi madre y mi hermana a hacer algunos trabajitos” (mujer de 21 años, Mazamorrero). “Domingo, hacer aseo a la casa, ver televisión” (mujer de 16 años, San Antonio); “Lunes, hacemos los oficios, cuido a mi hermanito y lo despacho... ver televisión” (mujer de 21 años, San Antonio). Varias chicas señalan un tiempo para la asistencia a la iglesia, la visita a familiares y amigas y, especialmente, para las visitas del novio y las conversaciones telefónicas con él. Lugares y ocupaciones distintas en el fin de semana marcan una relación de género diferenciada que tiene que ver con un ejercicio de permisos y restricciones diferencial para chicos y chicas.

En el Chocó, además de estudiar, que es la actividad central, las prácticas cotidianas de las y los jóvenes de Asocasan se remiten a¹⁰:

- La diversión, en especial el fútbol, la música y la rumba, actividades que se comparten con amigos y compañeros.



- El servicio comunitario, es decir “obras sociales aquí en la comunidad, por ejemplo algunos participan allá en la iglesia, también acá recogiendo las basuras del pueblo y haciendo como charlas para que no haya más contaminación”, precisa una chica de 17 años.
- La ayuda a las familias que se hace según género: las mujeres ayudan en la casa a sus madres y los hombres en las labores agrícolas. Algunos pocos señalan la minería como una actividad frecuente y otras actividades económicas, como la peluquería.
- Las actividades religiosas.

Son prácticas que se combinan de acuerdo con las circunstancias familiares y personales y con prioridades distintas, como lo expresa una de las chicas: “La mayoría del tiempo me la paso divirtiéndome, como por ejemplo jugando; otros momentos me dedico a estudiar y también le ayudo a mi mamá en los oficios de la casa”.

¹⁰ Conversatorio realizado por Adriana Beltrán en Playa de Oro con estudiantes del colegio Nuestra Señora de Fátima.



Playa de Oro, tarde del sábado¹¹

La comunidad de Playa de Oro se encuentra dentro del territorio de **Asocasan**, a unos 20 minutos del municipio de Tadó, en el Chocó. La atraviesa la carretera que conduce de Tadó a Pereira, sobre la cual se encuentra la mayoría de negocios de víveres, bebidas, billares, bailaderos y hasta algunos pequeños hostales que reciben a los camioneros que buscan pasar la noche en este pequeño lugar. Cuenta con una iglesia, una inspección de policía, un hogar comunitario y un centro de salud, así como el colegio Nuestra Señora de Fátima, sede educativa importante, por lo que recibe alumnos también de El Carmelo y El Tabor. Paralelo a la carretera aunque un poco distante, pasa por allí el río San Juan, que recorre con sus aguas el corregimiento, convirtiéndose en zona de recreación para muchos niños, y de trabajo para algunos adultos...

A esa hora, ya muchos bailaderos habían abierto sus puertas y como de costumbre la música sonaba muy alto; también noté que en los billares ya estaban algunas personas, algunos de observadores, como era el caso de dos muchachos muy jóvenes no afros vestidos con pantaloneta y camiseta deportiva, quienes miraban muy atentamente a los jugadores adultos. Un pequeño grupo de jóvenes en la calle conversaban y bromeaban; tres chicas hablaban en una esquina y acordaban encontrarse hacia las 8 de la noche para salir a bailar. El ambiente cada vez mejoraba, porque ya se estaban llenando los bailaderos de jóvenes que querían “rumbear” esa noche.

Hombres y mujeres jóvenes salían de sus casas, muy bien vestidos, y se reunían en un pequeño grupo... La música sonaba muy fuerte, con un vallenato muy romántico. Los chicos se ubicaron en una de las mesas de afuera y en seguida pidieron una botella de aguardiente y unas cervezas, que empezaron a consumir de inmediato brindando por algún motivo. Las dos chicas del grupo se acercaron al señor que atendía y le pidieron dos “bombombum” (colombinas); los tres chicos se levantaron y se dirigieron hacia el billar; al notar esto, ellas empezaron a criticar la actitud de ellos y decidieron irse solas al bailadero. Cruzaron la carretera y entraron; ahí las perdí de vista. Un par de minutos más tarde llegaron los tres chicos a buscarlas... El lugar se llenaba cada vez más y la rumba en Playa de Oro apenas iniciaba.

¹¹ Ejercicio de observación de Adriana Beltrán. Abril de 2011.



Valoraciones de su comunidad y su territorio

Pese a habitar el mismo territorio colectivo, la juventud en Asocasan encuentra que hay diferencias importantes entre lo que sucede en los consejos locales. “Las costumbres que hay en Carmelo no puede haberlas aquí en Playa de Oro o en El Tabor”, lo cual es un indicio de afirmación de su comunidad microlocal.

Mi comunidad nos enseña que nosotros después que cumplamos 14 años ya somos medio hombres, prácticamente ya podemos meternos al monte y trabajar igualmente como lo hacen nuestros padres (...). Y nos enseñan que el bolsillo no debe estar vacío, que debe estar con la moneda ahí por si cualquier cosa; si le gusta su rumba, lo que le guste, saca de su bolsillo y no tiene que esperar que su papá o su mamá se lo dé.

La juventud registra un énfasis por prever el futuro: “También nos enseñan a mirar, no solo al presente sino también al futuro; nos enseñan que si vamos a la siembra y cuando está la cosecha no limpiamos, pues no vamos a tener más adelante productos qué comer”. Y también la insistencia en la solidaridad: “Nos enseñan que si vemos a un anciano pasando trabajo, debemos brindarle ayuda”.

La valoración positiva de su comunidad y las ventajas que encuentran allí se relacionan con¹²:

- Las costumbres, que se concretan en el conocimiento tradicional sobre las plantas, la celebración de la fiesta de san José, los platos típicos de la región, la amabilidad de las personas, su trabajo constante. El conocimiento de todas estas cosas se debe a “nuestros viejitos, que siempre se han preocupado porque aprendamos todo lo bueno y no perdamos nuestras costumbres y tradiciones”.
- Los paisajes hermosos como los ríos, las playas y las quebradas.
- El hecho de ser una comunidad sana y segura en donde se puede tener rumba sana; no hay delincuencia y el riesgo de consumir drogas es poco. En “nuestra tierra, nuestro Chocó, casi no hay violencia en nuestras calles, entonces no tenemos dificultades”. En síntesis, es un lugar muy “bacano” y muy bonito para vivir.
- La autonomía de la juventud: “Nos dejan hacer ciertas cosas por nosotros mismos, dejamos de depender tanto de los padres y eso nos permite aprender cosas de la vida, como aprender oficios de la casa”.
- La capacidad para producir alimentos: “Las ventajas de vivir en mi comunidad es que se cultiva el plátano, la yuca, el maíz, la papa china y otros productos”.

¹² Taller realizado por Adriana Beltrán con siete estudiantes del colegio Nuestra Señora de Fátima en Fuente de Oro.



- El lugar donde está la familia, que “apoya en todas las decisiones siempre y cuando sean buenas”.

La parranda y, en especial, el baile, merecen una atención especial. “En todas las comunidades a los jóvenes les gusta la parranda, estar de fiesta; a los hombres les gusta ser mujeriegos; y pues a las mujeres como que les gusta andar con uno y con otro”. Pese a que la infidelidad se señala para hombres y mujeres, se percibe una mayor libertad para los hombres. “Poder salir y tener como esa libertad, porque uno como hombre puede irse a tomar y puede invitar a los amigos, eso da como más valor, porque no es tanto estudiar”, dice Jeaver. En esa misma línea, Kelly afirma: “Lo de uno no es estar estudiando o estar encerrado, sino estar pensando en otras cosas y algunos no le sacamos tiempo a dios”.

Junto con las cosas buenas, las y los jóvenes registran las preocupaciones y cosas negativas en su territorio, que tienen que ver con:

- La envidia y consumismo, que llevan a que “lo que tiene uno, también lo quiere tener el otro” (Kelly).
- La ausencia de compromiso comunitario, que se traduce en “vagancia, porque en muchas ocasiones que algunos se esconden y otros sacan estrategias para no colaborar en la comunidad en lo que hay que hacer” (Nelson). La vagancia incluye el “estar jugando, andar de

parranda, andar en la tecnología, tener una o dos novias, mejor dicho se creen los reyes de todo” (Kelly).

- La pérdida de tradiciones: “Muchos jóvenes de nuestra comunidad han perdido las tradiciones de nuestros antepasados, como las de baile de chirimía, lavar oro y sembrar” (Lina).
- La soberbia juvenil: “Los jóvenes somos los que nos creemos que somos más, más que los adultos y más que los niños. En tanto al baile y al trago, nos creemos los reyes, porque somos los que más tomamos, más bailamos... entonces eso nos hace sentir como más jóvenes, como más potentes, y no sé. A los varones, que manejan dos o tres novias, nos hace sentir como más machos” (Jeaver).





También señalan algunas dificultades que surgen de frente a sus sueños y perspectivas en la vida:

- Frustraciones para conseguir algunas cosas: “Uno trabaja y trabaja, pero no puede conseguir cosas, como por ejemplo conseguir una moto, una bicicleta; esas son cosas que a uno siempre le dan como duro”, dice Jeaver.
- Ausencia de posibilidades para estudiar: “Algunos padres dicen que a sus hijos no los meten a estudiar porque el estudio es para gente bruta, entonces si el hijo estudia o no estudia igual va a aprender, eso dicen algunos padres, por eso muchos se quedan sin estudiar”, comenta Nelson. Oleaver señala además que “hay padres que se esfuerzan mucho por sus hijos y les dan todo, pero manda la situación económica. Y si no hay, hay que hacer esfuerzo. Pero como muchas veces no se puede dar estudio a todos los hijos, se le da a los primeros”.
- No continuidad de estudios luego del bachillerato: “Los padres le dicen a uno que tiene que ser alguien en la vida. Por ejemplo en mi caso, yo quiero ser bacterióloga y mi madre no tiene la posibilidad de darme eso, entonces ella me dice que estudie magisterio, y como no hay la posibilidad entonces me toca, estudio eso o no estudio nada”, dice Kelly. Es el mismo caso de Lina, que quiere estudiar derecho pero no tiene recursos.
- Ser mamá o papá de manera temprana. En opinión de Jeaver: “De nada sirve ser bachiller

para tener familia. Eso no es necesario, porque para eso no se necesita el título de bachiller. Esas son cosas que los padres recalcan a los jóvenes, que solo esperan a pasar la etapa del bachillerato para ser padres de familia, y muchos nos dicen que cuando terminemos el bachillerato podemos tener novia. Pero debemos cuidarnos para no tener hijos; para eso se puede esperar un tiempo. Después que sea alguien en la vida, que se mantenga solo y le colabore a su padre, ahí sí se puede tener familia”.

- La dificultad para desarrollar prácticas deportivas, pues no hay lugares apropiados; por ejemplo, no hay un gimnasio.
- La falta de apoyo: “No nos apoyan, porque a veces tenemos ideas buenas, innovadoras, hay personas que somos emprendedoras, que queremos salir adelante; pero en vez de hacerlo, ¡nos opacan y ya!”.
- “Las dificultades son demasiadas, porque tenemos muy pocos recursos, no hay posibilidades de salir a estudiar o a trabajar”.

En el palenque de San Basilio, las y los chicos tienen una valoración muy positiva de su comunidad y su territorio. “De Palenque a mí me gusta todo, me gusta la cultura y cómo es la gente. Palenque significa para mí ser libre, porque aquí me siento con una libertad que, en donde yo estaba (La Bonga), no la tenía”, comenta Luis Alfonso.



Se señala con especial atención su legado histórico y el sentido que esa historia tiene nacional e internacionalmente. Según Keila: “Es demasiado importante gracias al legado cultural que dejaron nuestros ancestros... ningún otro pueblo puede compararse con él. Palenque es muy significativo ya que es el primer pueblo libre de América”. Luis señala: “Palenque para mí es la muestra viva de la resistencia, porque es un pueblo que ha luchado para no perder sus costumbres y tradiciones”. Para Carlos: “Los negros cimarrones dejaron en esta comunidad un legado cultural en donde prima la lengua palenquera, la medicina tradicional, la ritualidad, entre otras manifestaciones culturales”.

Un punto de encuentro clave es precisamente toda la riqueza cultural que se ha ido reafirmando. “También me gustan los kuagros, los jóvenes que se sientan en las esquinas a estar discutiendo de fútbol, de nosotras las mujeres, si estamos bien vestidas o no, si están bonitas o están feas”, comenta Yurledis. “La gente es muy unida, no hay división ni política ni social; es decir que todos somos iguales y con todos se puede tratar y a todas partes se puede llegar. Para mí Palenque significa aquel rincón de África en Colombia donde existen y viven africanos”, subraya Gabriel. “De Palenque me gusta la cultura, el ambiente y todo lo que me identifica como afro dentro y fuera de mi comunidad”, afirma Yuli. De acuerdo con Keila: “Me gustan las costumbres, el arroyo, la música tradicional, las creencias que tenemos en Palenque, los dulces,

artesanías y la chismoseada de la gente, la forma que tenemos para divulgar los chismes”. “Me gusta hablar nuestra lengua palenquera. Para mí Palenque es el mejor lugar del mundo. Todo lo de aquí me gusta, su gente, su cultura y su naturaleza. Mi pueblo tiene un gran significado, por todas las cosas que en él habitan”, señala Andris. Allí se reúne todo el sentido personal y familiar: “Significa el lugar donde nací, mi casa”, cierra Antonia.

Las posibilidades productivas también son señaladas, si bien hay problemas. Como afirma Luis Carlos, “estamos aprovechando el mejor territorio que existe aquí en el departamento. Esta tierra nos puede servir para cultivar yuca, ñame, plátano, porque no se inunda, pero la comunidad no lo hace porque están huyendo de que se la roben”.

Las cosas negativas dan cuenta de problemas identificados en la juventud colombiana, como el embarazo precoz, la drogadicción y la delincuencia juvenil. Las comunidades rurales ya están viviendo este tipo de situaciones.

Eso acá se da desde los trece años en adelante el embarazo precoz. Bueno, igual yo creo que se da porque no hay una concientización directamente desde la casa, de los hogares de cada uno de nosotros. Igual en el colegio nos brindan charlas, y a veces algunos no prestan atención, no les paran bolas y por eso se presentan embarazos tempranos. Igual, los jóvenes... no tienen cómo sustentar esa familia, entonces tienen que recurrir a los padres. Si los padres no los



ayudan, entonces les toca trabajar y si no les va bien en el trabajo entonces les toca robar; o algunos por la decepción se meten en la drogadicción, que también es un gran problema que tenemos acá en la comunidad juvenil... Es un aspecto que nos está golpeando muy activamente, los jóvenes últimamente se están dejando, se han aculturizado en lo malo, en pocas palabras. Nosotros estamos tratando de fortalecer un poco más, desprenderlos un poco de las malas andanzas.

La problemática vivida por la juventud en San Basilio tiene que ver también con las migraciones de las mujeres para vender dulces fuera de la comunidad, dejando los hijos al cuidado de otros familiares.

Cuando nuestras madres salen a vender, eso también nos afecta mucho a nosotros... nuestros padres antes (decían) yo voy a sacar bastante alimento y mi mujer no tiene que ir a trabajar. Pero ahora, en estos tiempos, se está viendo que los amigos de lo ajeno entran y roban y nuestros padres se ven en la obligación de salir a vender cocadas o dulces fuera de acá, por lo que ellos trabajan o cultivan no es suficiente como para abastecer en la casa. Entonces ellos salen y nos dejan a nosotros aquí... No es lo mismo.

En San Cristóbal también se escucha una valoración positiva de su comunidad por parte de la juventud.

“De mi pueblo me gusta todo, la cultura, la gente es muy amable, entre los que habitan, con los que llegan. Las tierras que son muy productivas, que nos dan lo que necesitamos para el mantenimiento de la comunidad como alimentos. También sus arroyos, su vegetación”, dice Melvis. Hay un sentimiento de compartir con una gran familia. Manuel afirma: “San Cristóbal para mí es todo, es como si todos fueran mi familia, me gusta todo de mi comunidad, si quitan algo de ella es como quitar algo de mí, de mi familia”. “De San Cristóbal me gusta todo, el arroyo, el paisaje, la gente, su cultura. Significa mucho para mí porque ahí nací, nos criamos y vamos a estar siempre”, es la opinión de Yefri. “Me gusta San Cristóbal porque respiramos aire puro, sin contaminación y por la gente que es muy amable”, cierra Malvi.

Algo similar sucede en Paraíso, comunidad vecina. Según Luceli, “Lo que más me gusta es su gente, que es amable, cariñosa, entretenida y ayuda a los demás. Es segura, tranquila, es un lugar donde uno se entretiene, tiene su propia cultura”. Indira valora que “estamos unidos, me apoyan, para mí significa un pueblo solidario y al que quiero porque allí nací”. “Somos unidos y tiene mucho significado para mí”, es el argumento de Leonel. Yuleidis considera que “Es un lugar muy alegre; no voy a encontrar otro lugar que me haga sentir como en El Paraíso”

La mirada de las y los jóvenes sobre su propia comunidad, sobre su territorio, ofrece una gama muy interesante de opiniones, que dan cuenta de la gran importancia que tiene ese espacio como



lugar clave para la construcción de sentido de sus vidas. El entrecruce entre los paisajes, la fertilidad de la tierra que alimenta, el buen vecindario, las relaciones comunitarias, la lengua propia en el caso de Palenque, la seguridad y protección que encierra, constituye un entramado positivo que los llena de orgullo y de alegría cotidiana. Ir más allá de señalar lo positivo para mostrar las amenazas, las cosas que les frustran y que deben mejorar, muestra un sentido crítico y propositivo que, de ser escuchado, sirve para orientar las decisiones en la construcción de presentes y futuros más satisfactorios.

Nosotros y los otros: percepciones sobre los jóvenes de otros lugares

Nuestras identidades se construyen de manera relacional con los otros. De esta manera vamos diferenciándonos y estableciendo también semejanzas. Por eso, preguntar a la juventud afro rural de estos consejos comunitarios sobre los otros jóvenes es

una forma de comprender esas fronteras reales e imaginadas entre unos y otros.

En el Chocó, las y los jóvenes de Asocasan identifican como diferencias centrales las siguientes:

- Las costumbres que pueden ser distintas aún comparadas con el casco urbano de Tadó y con Quibdó. “Yo creo que no hay semejanzas; somos diferentes porque más que todo ellos por allá usan un término de hablar diferente que nosotros por acá; también lo que es el baile es diferente. Hay jóvenes que maltratan mucho a las mujeres verbalmente y en mi comunidad son muy pocos los jóvenes que lo hacen, porque no les gusta. En Tadó se ve mucho que a los jóvenes les gusta pelear por las mujeres, aquí casi no. También en la forma de vestir, de caminar y todo eso”, comenta Jeaver. Para Kelly: “Una de las diferencias que hay es dentro de las tradiciones que tenemos nosotros acá. Por ejemplo, en el día de un entierro hay luto, no se escucha música, pero allá en Tadó y en Quibdó viven en parranda, como son más grandes, pues no se respeta. Por ejemplo, acá se respetan los días de semana santa, se respeta eso”.
- La diferencia cultural frente a la fiesta: “Primero por nuestro color, luego porque somos quizás más ambientados y nos gusta mucho la parranda”.
- Las diferencias aumentan cuando se trata de otra región, si bien pueden ser diferencias imaginadas desde los medios de comunicación,



pues en muchos casos no conocen Bogotá, Medellín o Cali. Además de las formas de vestir y de hablar, se insiste en las condiciones de seguridad y en los peligros que se viven fuera. “En la ciudad es como muy dura la juventud, por lo que se tiende más a los vicios y en cambio por acá no; son como más sanos que en la ciudad y además allá hay mucho peligro”, señala Tatiana. “La diferencia entre el Chocó y Antioquia pues es que por allá se generan muchas bandas; prácticamente por allá están los jóvenes dispuestos al crimen y por acá los jóvenes son muy sanos, no les gusta nada de eso”, dice Leaver.

- Los valores que se enseñan en la comunidad y que fundamentan el respeto por el otro. En concreto se hace referencia a ciudades como Bogotá y Medellín. “Por acá se les enseña que hay que respetarle la vida a una persona, y que es mejor pedir que ponerse a robar a una persona. Desde muy niño les enseñan y estoy muy agradecido por eso; así como ellos me enseñaron, estoy seguro que lo mismo que ellos me enseñaron, se lo enseño a mis hijos”.
- El campo tiene condiciones más difíciles, más duras que la ciudad. “Por acá es más duro: acá nos enseñan a trabajar duro en diferentes cosas y los de la ciudad pues sí trabajan, pero no es igual... Nosotros vivimos en el campo. Podemos decir que ellos tienen una forma de vida más fácil: estudiar... Obviamente, el estudio por acá es más duro; acá se sufre por no

tener oportunidades de salir adelante y mientras ellos lo tienen todo más fácil y nosotros somos mejores académicamente”.

- La persistencia y la capacidad de quienes viven en el campo es un potencial que puede estar en riesgo por esas condiciones duras, las cuales son a su vez una fuerza de cambio. “La diferencia es la actitud positiva que tenemos, además que llevamos siempre en la sangre que queremos sobresalir... tenemos una capacidad intelectual más rápida, de pensar, de hacer las cosas. Aunque a veces eso es como imposible porque casi no tenemos recursos para que eso se dé... Los jóvenes de mi comunidad son prácticos, somos más inteligentes que ellos, pasamos trabajos, por eso nos preocupamos por ser mejores... Somos más trabajadores”.

En el norte del Cauca, las y los jóvenes señalan una marcada diferencia con jóvenes de otros lugares en términos de la autonomía que gozan. La seguridad y tranquilidad que les ofrece el lugar que habitan facilita su libre movimiento a cualquier hora sin temor al peligro, situación que es muy distinta en la ciudad. “La libertad: acá uno puede salir sin ningún problema. Uno sale en otra parte y es peligroso, las comunas”, afirma un joven de 19 años en El Palmar.

Pese a esa ventaja, dudan que en su comunidad puedan cumplir sus sueños y deseos por una “mejor calidad de vida”, que para ellos tiene que ver



con el acceso y uso a nuevas tecnologías. Es claro que allí se da un límite importante que no se resuelve ni aún en la ciudad más cercana. Por ejemplo, en Santander de Quilichao la oferta de estudio se encuentra para formarse en técnicos mecánicos, en sistemas, entre otros, ámbitos que no todos encuentran atractivos. Quedarse y vivir de pequeños trabajos o ser parte de la policía o el ejército es la opción más cercana para seguir desarrollando sus vidas en la vereda.

En un ejercicio colectivo se discutió la posibilidad de vivir en la ciudad sin abandonar totalmente el campo. Algunos plantearon que en la ciudad el problema es la manutención. “Puede que haya partes donde cultivar; puede que lo cultive, pero ¿quién lo cuida? Yo creo que en Bogotá no hay ese espacio como acá... La ciudad se abastece de lo que los campesinos producen”. Alguien imaginó vivir en la ciudad de lo que da la tierra en su vereda, en donde es posible cultivar los alimentos que necesitan en la ciudad y así lograr sostenerse; para ello, sin embargo, se requiere tener un buen recurso económico. “De qué te sirve con un terreno, ir y vender. Salir a vender y que no te dé casi tanto... pero si vos tenés alguien que te administre”. Otro joven afirmó que sí se era posible vivir con calidad de vida: “Si usted trabaja con dedicación y cree que va a lograr lo que pueda con su cultivo, usted alcanza sus metas”. Y otro más agregó: “Lo malo de quedarse es que hay amigos que se van y ellos llegan con sus carros, y me ven así”. La discusión no está agotada, apenas empieza.

Desde la experiencia de las y los jóvenes palenqueros, la especificidad de habitar San Basilio los hace muy diferentes en relación con otros jóvenes, aún de la misma región.

Yo creo que hay mucha diferencia entre un joven palenquero y un joven foráneo. La forma, la misma cotidianidad marca la diferencia. El joven palenquero es muy apegado a las amistades, siempre está ligado a las amistades, a la familia. Digamos, es muy poco desprendible de ellos, es muy arraigado a su familia y a sus costumbres. No es de los que salen y pierden la visión o las perspectivas de su comunidad.

En Paraíso, tres chicas afirman que su territorio es muy agradable. Establecen la comparación con otros lugares más pequeños que cuentan con menores servicios y menos presencia institucional, y concluyen que su situación es mejor: “Tenemos más conocimiento porque ya nos han hablado... y ellos no han recibido esas clases”. Simultáneamente, hay una mirada de inferioridad con respecto a los centros urbanos que tienen más y mejores servicios, especialmente educativos y de comunicaciones, como lo expresaron en un conversatorio:

[ellos tienen] mejor conocimiento que nosotros, porque... dicen que el internet es un medio muy bueno para uno comunicarse y aprender muchas cosas, porque la tecnología está muy avanzada. Ellos por allá lo pueden tener, en



cambio nosotros para acá no tenemos eso [...] ya como ellos conocen se van comunicando y ya tienen los conocimientos de las cosas del mundo. En Paraíso no existe una sala de internet... Cuando ya uno termine aquí sale afuera y si uno no sabe manejar un computador, entonces pasa uno la pena.

Estas jóvenes de Paraíso plantean también una cuestión muy importante que amerita una revisión profunda: la calidad de la educación, que perciben como incompleta y de menor calidad en el campo que en la ciudad.

[En la ciudad tienen] casi todos los profesores completos, todas las clases completas... [aquí] nos faltan profesores. A veces las clases no las dan muchos por el tiempo y la carretera. Vienen a veces... ahora están viniendo porque la carretera está seca. Aquí muy poco los lunes se da clase... la clase a las dos primeras horas no se dan. Y los viernes muy poco, nada más se dan las dos primeras y ya. Como los profesores tienen que estar viajando... o sea, no pertenecen ahí sino que vienen de afuera, los viernes se tienen que ir... Y por medio del agua también, porque lloviendo se daña la carretera, y ya sí es verdad que no pueden venir.

Este recorrido deja un sabor grato en términos de la valoración positiva de la juventud rural afro



consultada sobre su territorio, su gente. Su cotidianidad sigue patrones de estudio, ayuda en la casa, en la parcela, y mantiene la fiesta y el encuentro entre pares como el centro de su tiempo libre. Deja también esbozados algunos problemas y preocupaciones vitales por las posibilidades de continuidad en esos hermosos lugares, frente a sus intereses de ampliar sus conocimientos y su experiencia y a las restringidas posibilidades y escenarios que hay allí para ellas y ellos. Cabe resaltar que el papel del colegio y de sus maestros como un espacio potencial para ampliar horizontes de saberes, de formación integral creativa, queda enunciado como un desafío que debe ser resuelto pronto en cada lugar, de acuerdo con los procesos particulares e incluyendo las muchas propuestas que bullen en sus cabezas y corazones.



¿Cómo vemos las cosas aquí?

¿Qué es ser joven en esta comunidad?

¿Qué diferencias y semejanzas encuentra con jóvenes de otros lugares o de aquí mismo que no son de la comunidad?

¿Qué dificultades y/o problemas identifica para la realización personal de la juventud aquí?

¿Qué ventajas y posibilidades encuentra para la juventud aquí?



Tiempos de guerra en territorios colectivos afro

La juventud es a la vez víctima y victima de la guerra en Colombia.

Calculamos que los actores jóvenes de la guerra representan largamente más del 50% de los ejércitos, compuestos mayoritariamente de pobres, que expresan formas de tributo diferente de las familias y los grupos sociales. Las familias de menores recursos, los pobres – especialmente rurales–, tributan a la guerra con sus hijos, alimentando las diferentes fuerzas

armadas, mediante el servicio militar obligatorio o voluntario; los otros, de mayores recursos, pagan impuestos y vacunas. Los hijos de la clase media se reparten los mandos del ejército oficial y de las autodefensas paramilitares, con algunos tráfugas que terminan en la guerrilla (Castellanos y Torres, 2008).

El reclutamiento militar forzado y voluntario es una de las estrategias que permite a los grupos armados, legales o ilegales, penetrar en las comunidades



2



y en los hogares, establecer un vínculo directo y generalizado con los pobladores para exigir pruebas de lealtad que por esta vía se profundizan y se hacen sostenibles en el tiempo. La guerra articula demandas y respuestas, intereses y decisiones, en un proceso por la búsqueda del poder que se transforma cotidianamente y que va reorganizando tanto las relaciones internas entre la población, como las de esta con los grupos armados.

La guerra en Colombia sigue teniendo como escenario privilegiado el campo. Allí se han violado y se violan los derechos humanos permanentemente, de la infancia y la juventud mediante crímenes de estado como los mal llamados ‘falsos positivos’, la tortura y las desapariciones. “Uno de cuatro combatientes es un niño o una niña en los grupos armados colombianos” (Faisal, 2012: 2). El reclutamiento forzado se calcula que ha afectado entre 8.000 y 14.000 menores de edad, quienes han sido vinculados a diferentes tareas ya sea como combatientes, realizando trabajos de inteligencia, vendiendo drogas e, inclusive, en trabajos sexuales forzados. “Los paramilitares, las ParaBacrim, las Farc y el ELN emplearon a niños combatientes desde los 6 años ‘en combates, para reclutar otros menores, así como espías, esclavos sexuales y asistentes logísticos’ (...) El Ejército colombiano ha utilizado a menores en tareas de inteligencia” (Faisal, 2012: 20)

El sesgo rural de la guerra ha generado cerca de seis millones de personas desplazadas; hay ‘sembradas’ cerca de cien mil minas antipersona que

han dejado más de diez mil víctimas, de las cuales cerca de 40% son pobladores civiles; se siguen repitiendo masacres, es decir homicidios colectivos, que según la Defensoría del Pueblo en 2012 alcanzaron las 33 con 156 víctimas, y muchos asesinatos se producen sin que se registren como parte de la guerra. Los feminicidios, es decir crímenes y hechos de violencia en contra de las mujeres porque el Estado no les da garantías y no crea condiciones para su seguridad y su integridad personal, se siguen intensificando y alcanzan a cerca de 1.250 mujeres anualmente; cada minuto 6 mujeres fueron víctimas de algún tipo de violencia (Sánchez, 2010).

Sin duda, los pobladores rurales viven con mayor intensidad y frecuencia los impactos de la guerra. Uno de los mayores impactos tiene que ver con el despojo de tierras y territorios, que a la sombra y apoyado en una guerra sucia genera destierro. Entre 1985 y 2010, cerca de 6,5 millones de hectáreas fueron arrebatadas a sus dueños. Pero esta cantidad no incluye los territorios de las comunidades indígenas y afrodescendientes, que han llevado la peor parte en el conflicto (Comisión de Seguimiento a la Política Pública de Desplazamiento Forzado, 2011).

El despojo de la tierra, acompañado usualmente del desplazamiento forzado, ha sido una estrategia de quienes desean acumular y disponer de tierras estratégicamente situadas, con potencial productivo y en las que hay riquezas mineras. Es frecuente que tener el título colectivo no sea suficiente para proteger los territorios de la codicia del capital.



Las empresas explotadoras de oro tienen especial interés en los territorios indígenas y afrodescendientes. En estos últimos, donde por tradición existe pequeña minería de aluvión y de socavón, ha ingresado maquinaria cada vez más sofisticada y depredadora para sacar oro más rápido de las entrañas de la tierra. Luego de ofrecer lo que a primera vista parece ser una jugosa oferta económica a algunas familias, dinero que no siempre se paga y cuya suma nunca compensará los daños profundos que deja en el ecosistema, entran con maquinaria pesada que va dejando profundas marcas en el suelo, las aguas y los recursos del lugar. Mientras esto sucede, se va socavando la dignidad de los pobladores y la autonomía territorial por la que han peleado durante años.

Las empresas agroindustriales, en especial las de la palma aceitera y las explotaciones de madera, también están muy interesadas en expandirse, aun a costa de sacar a los campesinos y comunidades rurales. A veces lícita y otras muchas ilícitamente, amparadas o no en actores armados, ofreciendo aparentes buenos precios por la tierra, aprovechan la situación de empobrecimiento para motivar la venta de parcelas. En el marco de la política del gobierno del presidente Santos (2010-), que mantiene el interés del anterior, se proyecta la siembra de 170.000 nuevas hectáreas de palma, lo cual significa un aumento significativo del área sembrada, de las cuales se espera y se promete más empleo, menos pobreza y más seguridad, en lo que se denomina triángulo de la prosperidad. Con la promesa

incumplida de múltiples beneficios para la protección del medio ambiente, la producción limpia y el desarrollo rural, empresas y empresarios de la palma han impuesto sus intereses en regiones como la costa pacífica.

El caso de despojo de las comunidades de Jiguamiandó y Curvaradó, en el departamento del Chocó, poblado fundamentalmente por afrocolombianos, da cuenta de una relación entre grupos paramilitares y palmicultores para sembrar palma en territorios colectivos. Una visita del Incoder en 2004 determinó que 93% de cultivos de cuatro de las más grandes empresas palmeras estaban en tierras de comunidades negras. Pero, además, la financiación de estos proyectos contó con recursos gubernamentales y de cooperación internacional. El vínculo entre grupos paramilitares y empresarios ha ido quedando al descubierto, aunque sigue impune. En estas dos cuencas, el bloque Élmer Cárdenas de las Autodefensas asesinó a cerca de 120 personas y desplazó a más de 1.500; bajo la justificación de la lucha antiguerillera se legitimaron procesos de concentración y control de la tierra a partir del despojo violento (Osorio y Herrera, 2012).

Los consejos comunitarios en los que hicimos este estudio y que acompañamos desde el Observatorio de Territorios Étnicos, no han sido ajenos a esta guerra. A continuación presentamos una reseña rápida de los hechos de guerra que han marcado a tres comunidades, elaborada a partir de diversas fuentes.



Algunos hechos significativos

Intentamos aquí documentar abreviadamente las experiencias directas del conflicto armado en algunas de las comunidades afrodescendientes protagonistas de este estudio. No fue una revisión a profundidad y desde múltiples voces, sino apenas un acercamiento general a tales hechos. La intención es ubicar en ese contexto histórico específico las percepciones y los comentarios de las y los jóvenes.

Muchos hechos de violencia no ocuparon las páginas de los periódicos y no están registrados sino en la memoria de quienes los sufrieron. Sin embargo, la memoria es frágil y con frecuencia nos empeñamos en olvidar los hechos dolorosos. Repetimos que “no hay que mirar pa’atrás, ni pa’tomar

impulso”. Tenemos miedo al recuerdo por el dolor que implica, por las pérdidas que tuvimos, por el temor que nos causan tantos hechos de guerra y de dominación armada, sobre todo, porque las dinámicas de guerra continúan quizá con diferente intensidad. Tampoco podemos ser obligados a recordar, si aún no estamos listos. Sin embargo, en algún momento hay que darle espacio a la memoria, a nuestros muertos, a la búsqueda de verdades a las que tenemos derecho, y a permitir que las heridas y los daños sean vividos colectivamente y no como hechos vergonzantes. Víctimas y sobrevivientes no han vivido ni sentido la guerra lo mismo que los demás: “Por eso hay que reconocer que de la misma realidad se pueden hacer dos lecturas: la que hacen los vencedores o sus herederos bajo el señuelo de la normalidad y la que hacen los oprimidos”, afirma Reyes Mate (2003: 10). “Tanta violencia contra el hombre ha acabado por vacunarnos contra la compasión, la memoria o la justicia. La mirada de las víctimas es como el último cabo al que puede agarrarse el hombre que no ha renunciado al proyecto de humanizar la vida del hombre en el mundo” (Ibid.: 9).

Llegada de los ‘paras’ a Santander de Quilichao

El siguiente es un fragmento tomado de Verdad Abierta (2011), que recoge fragmentos de audiencias colectivas de diez exparamilitares del bloque Calima, que fueron transmitidas en vivo en Santander



de Quilichao, en donde las víctimas de la región asistieron masivamente. Allí se contó cómo ingresaron a ese municipio del norte de Cauca y cómo extorsionaron al comercio para su guerra urbana.

Elkin Casarrubia Posada, alias 'El Cura', contó que los paramilitares llegaron al Cauca a finales de mayo de 2000 por petición del extraditado y condenado narcoparamilitar Francisco Javier Zuluaga, alias 'Gordolindo'. Antes de llegar a Santander de Quilichao, los paramilitares pasaron por los límites de los municipios de Jamundí (Valle del Cauca) y Buenos Aires (Cauca), participaron en la masacre de Sabaletas y cometieron varios asesinatos en la zona rural de Buenaventura. Luego se establecieron por tres meses en la finca Las Cañas, ubicada en la zona rural de Jamundí para "cuidar una maquinaria que iba a cortar caña en esa zona". "En agosto 'HH' recibe todo el bloque Calima y decidimos enviar gente a Santander para coparle espacios a la guerrilla. Santander de Quilichao era una zona manejada por el sexto frente de las Farc", explicó el exjefe paramilitar.

El encargado de estar al frente de los urbanos —los hombres de civil que las Auc instalaban en los corregimientos y municipios— fue José de Jesús Pérez Jiménez, alias 'Sancocho'. Este exjefe de urbanos contó durante la versión libre que en una reunión con 'HH' y 'El Cura' en la vereda Bajejonal, "se sacaron urbanos para los pueblos y municipios". También contó que los primeros

jefes paramilitares que incursionaron al casco urbano de Santander de Quilichao fueron alias 'El Capi' y alias 'Diego La Marrana'. El primero porque perteneció a las Fuerzas Militares y el segundo porque fue desertor de las Farc. Alias 'Sancocho' aclaró que pese a ser el jefe de los urbanos en Cauca, casi nunca permanecía en los "pueblos porque tenía una orden de captura", y por esa razón permanecía con los grupos en las zonas rurales.

Al poco tiempo 'El Capi' y 'Diego La Marrana' salieron del municipio y el mando fue cedido a alias 'Patepalo'. También se integró a las filas de los urbanos Armando Lugo, quien era miembro de la Defensa Civil, y se convirtió en el principal informante. "Me gané la confianza de ellos señalando a los milicianos que operaban en Santander. Los conocía bien porque subía (ir a las zonas rurales) a hacer brigadas de salud", contó el exparamilitar Lugo, quien fue conocido dentro de las Auc con el alias de 'El Cabezón'... Como era residente de Santander de Quilichao, recibió la orden de 'Patepalo' para señalar a los comerciantes que podían "aportar para las finanzas". Además, dijo que en octubre de 2000 los paramilitares reunieron a alrededor de 20 comerciantes en la vereda El Palmar para cobrarles cuotas mensuales... Después de esa reunión, los comerciantes tenían que pagar en los primeros días de cada mes las cuotas establecidas por 'El Cura', que oscilaban entre 300 mil y un millón de pesos.



“Algunos colaborarían por miedo y otros porque lo veían como la solución para trabajar mejor”, señaló ‘El Cura’, quien se refirió esos pagos como “aportes” y no como extorsiones. ‘El Cabezón’ reconoció que algunos comerciantes pagaron obligados, pero que otros simpatizaban con ellos “porque estaban cansados de pagarle 10 ó 15 millones de pesos a la guerrilla para no ser secuestrados”.

Violencia armada y desarrollo en Asocasan, Tadó¹³

Mumbú, Gingarabá y Guarato son nombres que tienen sentido para muy pocos colombianos. Estos nombres tan sonoros, que seguramente recogen alguna historia africana, corresponden a tres comunidades del territorio colectivo del alto San Juan, cuyo consejo comunitario se denomina abreviadamente Asocasan. El 9 de octubre de 2002, estas comunidades, que agrupan 108 familias y un total aproximado de 500 personas, tuvieron que abandonar sus territorios ante la confrontación entre paramilitares y guerrilleros y el asesinato de uno de sus habitantes. Huyeron hacia lugares medianamente conocidos, adonde tenían sus redes sociales, el municipio de Santa Cecilia en el departamento de Risaralda.

Durante cerca de dos años estuvieron viviendo la dureza de estar lejos de sus territorios, sufriendo la privación y el estigma de “estar desplazados”. Sin embargo, reconocen, que allí el gobierno departamental tuvo un trato atento con ellos. Por lo menos mucho más comprometido que el que están viviendo hoy, cuando regresaron de nuevo a sus territorios colectivos. El 11 de octubre de 2004 varias entidades estatales se comprometieron a darles una serie de servicios y respuestas para pudieran recomenzar sus vidas otra vez en el Chocó. Pero la cosa empezó mal, pues el kit de llegada consistió en un paquete de velas y un encendedor de bolsillo: “una vela y una candela”, como dice Martha, nada más. Con las actas firmadas, que como alguno de ellos menciona, “no se lo suelto ni a mi madre”, iniciaron un largo camino de reclamaciones, reuniones, derechos de petición, y nuevas reuniones. El repetido proceso de revictimización institucional, como lo señala la sentencia T-025, los convierte en mendigos de sus derechos ante funcionarios impávidos frente a sus demandas e irresponsables con sus funciones y compromisos. El atropello institucional disfrazado de ineficiencia ha impedido que tengan sus viviendas dignas, para las cuales no es necesario comprar la tierra, pues está disponible, que sus hijos acudan a escuelas con el mínimo de dotación y de servicios, así como de una atención básica en salud... Esta historia ya es bastante

¹³ Este es un texto parcial, que retoma un escrito realizado por la autora en julio de 2009, a partir de una visita a Asocasan y publicado en la web del OTE con el título “Violencia y desarrollo: desplazando, violentando y empobreciendo”.



grave, dolorosa, y pone en evidencia la enorme distancia que hay entre las promesas estatales de retorno y los éxitos que allí se asumen y la dura realidad de abandono de estas familias, que luego de cinco años no han logrado reconstruir sus vidas luego del desplazamiento forzado. Pero la historia no acaba aquí.

Una nueva etapa de atropellos se avecina. Se trata de la ampliación, adecuación y pavimentación de la vía Mumbú-Pueblo Rico (Risaralda), que comunicará la costa pacífica con el eje cafetero y a la que se le apuesta el desembotellamiento del Chocó. ¡La llegada del desarrollo! Esa vía fue abierta hace más de 20 años como un camino y luego mejorada como carretera destapada, cuando aún Asocasan no tenía los títulos colectivos, que datan del 27 de diciembre de 2001 (resolución 2727). Esa vía atraviesa el territorio y parte por la mitad los tres poblados. ¿Qué va a pasar con la vida cotidiana de los habitantes, niños y adultos, cuando muchos vehículos viajen a 80 km por hora?

Sin la carretera, cerca de 30 retroexcavadoras, otras draguetas y por lo menos tres entables mineros sobre planchones en el cauce del río San Juan, sacan a diario oro y platino, sin ningún acuerdo con los dueños del territorio, el Consejo Comunitario de Asocasan. Nuevas formas de violencia se imponen, quizá ya no los ejércitos de diversos colores que se impusieron en el Chocó y que siguen pesando en la vida cotidiana de los pobladores rurales, especialmente... Nuevas fuerzas de ocupación del territorio llegan todos los días, y detrás de estas

máquinas que desangran los suelos, contaminan los ríos y abren cráteres en las tierras, hacen fila miles de afro que siguen las máquinas para recoger las posibles riquezas que se puedan quedar en los desechos mineros. Violencia y desarrollo siguen siendo la cara de una misma moneda que produce despojo de manera despiadada, que arrasa con la vida y con la dignidad de muchos colombianos, entre ellos los afrocolombianos que habitan Mumbú, Gingarabá y Guarato.

Con flicto armado y desplazamiento forzado en La Bonga

“El 5 de abril de 2001 llegaron dos hombres motorizados con panfletos y se los entregaron a algunas personas y otros los echaron en la escuela primaria; decían que nos daban 48 horas para salir de allí porque éramos unos sapos, guerrilleros y auxiliares de la guerrilla” (fragmento del testimonio de Primitivo Pérez).

Con el titular “Éxodo masivo en Palenque”, *El Tiempo* del 11 de abril de 2001 registró lo sucedido en la Bonga.

“Esos señores nos dieron 48 horas para salir, pero yo les regalé 24, porque en un día ya estaba aquí”, comentó una de las personas que debió salir huyendo del caserío La Bonga por las amenazas de las autodefensas. Él, su familia y cerca de 80 personas más llegaron a



San Basilio de Palenque para guarecerse de la muerte en el Liceo Departamental Mixto. Aproximadamente otras 350 personas de La Bonga se desplazaron a San Pablo, corregimiento de Marialabaja, y otros más llegaron hasta Cartagena.

Después del asesinato de cuatro jóvenes en el billar de San Basilio de Palenque, en febrero de este año, este desplazamiento es la última señal de terror que dejan los grupos de autodefensas en el que fuera el primer territorio libre de Colombia, mucho antes de la Independencia.

Omaira Ledesma, una madre de tres hijos, relató que el jueves pasado unas personas encapuchadas a bordo de dos motos le entregaron a un habitante de La Bonga varios pasquines en donde los conminaban a abandonar el caserío, acusándolos de apoyar a la subversión. Dicha persona entregó los pasquines en la escuela de La Bonga y antes del sábado el caserío ya se había convertido en un pueblo fantasma. Lo único que alcanzaron a sacar sus habitantes fue algo de ropa y los pájaros que cantan desde sus jaulas. Las pertenencias, los animales domésticos, así como las cosechas, quedaron abandonadas. Esas cosechas que se perderán serán de ñame, ya que es la época de ponerle estacas a los pequeños tallos, y de maíz, pues los campesinos ya quemaron y estaban listos para sembrar. También quedó colgando de los palos la cosecha de mango.



“Nosotros allá sólo volveremos de día a trabajar”, confesaron casi que en coro un grupo de habitantes de La Bonga, a los que se les notaba el trabajo del campo en sus pies y manos. Ellos no se sienten seguros ni siquiera con la presencia de la tropa, que actualmente patrulla todas las calles de Palenque. “El Ejército se quedan un día o dos, quizá una semana y después se va, entonces viene lo peor”, aseguró uno de ellos. Ayer, con el cansancio y la sed reflejadas en sus caras, los bongueros esperaban que las autoridades municipales le dieran respuesta a su petición de no querer volver a La Bonga.



¿Cómo nos ha tocado la guerra? Experiencias de jóvenes afro

La pregunta se centró en las experiencias concretas y significativas frente a la guerra en su comunidad. La temática no es nada fácil de abordar y pese a la confianza establecida, las preguntas quedan flotando por un rato en medio de un silencio marcado por el temor. Seguimos en guerra, la población se siente expuesta permanentemente por el ejercicio de la fuerza y de la violencia de quien disponga de un arma, amenace y hable más duro.

En el norte del Cauca, en San Antonio¹⁴, se dialogó sobre el reclutamiento de jóvenes por parte de las fuerzas armadas legales y no legales en la zona y de las implicaciones de la guerra en la cotidianidad. La existencia de los actores del conflicto armado es parte de los rumores que se mencionan en voz baja en la familia y entre amigos y vecinos. Se reconocen como actores del conflicto a “la guerrilla, narcotraficantes, políticos, pandillas y a los paramilitares”. Señalan que si bien no han tenido experiencias bélicas con ningún grupo armado en el territorio, sí tienen presente que “el Cauca es una zona peligrosa... por allá por Caloto, Corinto, El Palo”, regiones que desde siempre han escuchado nombrar como lugares de enfrentamientos armados.

En cuanto a las causas de la guerra, mencionan que “no es tanto contra los soldados, sino contra los políticos”. Es decir,

“Por ejemplo, entre los narcotraficantes porque uno quiere más poder que el otro, quieren tener el territorio... y la guerrilla porque en sí; la mayoría es pura gente mala, que quiere hacerle daño al pueblo, quieren apoderarse de todo Colombia... ellos todos pelean por una sola cosa ... ellos quieren llegar a la cosa política”. *¿La pelea es entonces política?* “¡Nooo! (es) por su mismo trabajo... como la ley no va con la cocaína... ellos pelean para que los dejen trabajar con esas cosas”. *Sobre los paramilitares*, “Ellos dicen de que por aquí caminan, caminan... pasan... pero no como a llegar y a formarse la pelotera... no como en Corinto que se forma la guerra... ellos pasan por aquí y si ud. los vio, callao...”.

La cotidianidad los enfrenta con una realidad que si bien sienten lejana, viven en su presente y en su lugar inmediato. Así, por ejemplo, es frecuente que en cada familia haya uno o más integrantes vinculados al ejército nacional. Sin embargo, ingresar a este no les parece una buena opción. “No, a mí no me gustaría. No, porque el gobierno es muy injusto con el ejército; al ejército que le toca más duro que

¹⁴ Los testimonios corresponden a seis hombres jóvenes con los que se dialogó informalmente.



a la policía y cuando les pagan, les pagan cualquier chichigua... un soldado gana como novecientos mil pesos... ¡eso es muy poquito para que uno se vaya! ¡Nooo!”.

Los hombres jóvenes viven en un constante dilema ante la posibilidad del ingreso a alguno de los grupos armados. Por un lado, está el temor y el rechazo.

¿Los jóvenes en qué nos afecta? ¡Já!... Que estén pasando por aquí y nos lleven ... uno ya no tiene forma de ir a estudiar... en cuanto a la libertad... hay menos libertad... por ejemplo, dicen que va a haber ley seca, no sé, de tal hora a tal hora, y el que esté después de esa hora en la calle, lo cojan y tenga que lo llevan.

Por otro lado está la posibilidad de tener un ingreso. “Por el desempleo... es más fácil irse por allá... la gente se va para allá porque hay mucho desempleo”.

Por el lado del reclutamiento de las fuerzas armadas legales,

La mayoría de la gente va, ¿por qué? Porque les gusta, porque quieren defender la patria... o sea, a la gente que no le gusta estudiar... ¿qué otra opción tiene? Irse para el ejército... no tiene otra opción que irse para allá... el ejército o la caña... si uno quiere hacer algo, uno estudia lo necesario, lo fundamental, eso de ponerse a estudiar todo ese tiempo, no.

Las dudas y las críticas sobre estas opciones se tejen con argumentos de diferente alcance.

El que piensa así, piensa en irse al ejército; los que no, a trabajar en alguna empresa o a estudiar, pero ya no piensan en irse a la guerrilla... Tiene que ser muy malo para querer irse a la guerrilla... uno como joven, pensar en eso es porque ya tiene la cabeza mal. A veces ellos tienen otros deseos de tener algo mejor... se los llevan ahí obligados... algunas veces sí es obligados, como cuando dicen que desapareció, tal niño, tal joven y que después termina en eso. Por lo menos la entrada a esa cosa de mafiosos, más de uno piensa que es por coger bastante dinero y cogerlo rápido, la manera más fácil, es arriesgado... eso más que todo lo causa el desempleo, porque si acá en Colombia no hubiera tanto desempleo, le aseguro que sería menos; no digamos que se va a acabar porque eso sería una mentira. Hay gente que tiene la mente podrida... pero es el desempleo el que lleva a la gente a ese punto.

Y continúan conversando.

A esa gente le ofrecen para que se desmovilicen... los colocan bacano... y ahí es donde digo que la gente tiene la mente podrida (...) la entrada es fácil pero la salida es complicada. Ya se ha visto que se meten de infiltrados; yo me desmovilizo y le hago creer a ellos que me



desmovilicé, pero a la vez les estoy comunicando a ellos (...). Digamos que a mí me cogieran o que yo voluntariamente me fui, me metí en ese cuento... y que ya me quiera ir, yo le llevo a salir con esas a mi jefe y me mata, pero de allá no me deja salir, y si me cogen saliendo, me vuelven como un colador...

En el marco de unas condiciones estructurales excluyentes, con muy pocas oportunidades, los jóvenes se ven involucrados de diferentes maneras en las dinámicas del conflicto. Aun si no llega a la puerta de sus casas, a sus oídos llegan historias de familiares o amigos afectados por la guerra. “Yo estudiaba con una pelada que vive en Caloto, de 20 años... ella cuando había combates nos contaba... que cuando escuchaba esos tiroteos ella se metía a la cama... eso afecta mucho, le daña la vivienda... cuando uno va pasando por ahí uno queda como traumatizado...”. Otro cuenta: “Mi hermano anda en una camioneta, por allá arriba, en Pescador... andaba, cuando que pasaba una patrulla del ejército y la guerrilla salía a disparar desde las casa... entonces ahí... él lo único que hizo no más fue (escondarse)”.

En Palenque la violencia ha golpeado con fuerza. Es el caso del desplazamiento masivo que se dio en La Bonga en 2001.

Soy uno de los muchachos desplazados de la población de San Rafael de La Bonga, un desplazamiento que se dio en el 2001, y desde ese

entonces estamos en San Basilio de Palenque. Como vine muy pequeño después del desplazamiento me he sentido bien, porque he tenido la oportunidad de hacer mi carrera, seguir adelante y estudiar. He conseguido personas que me han ayudado a formarme un poco más, estoy saliendo adelante. He tenido varios grupos en donde tengo muchos amigos y conocidos.

Pero en el casco urbano mismo hay otras historias.

Cuando tenía más o menos 12 o 13 años, aquí en Palenque en el billar, unas personas agarraron a un guerrillero... por presión de la comunidad que por mi casa vivían y transitaban todos tuvimos que mudarnos a otro sector de la comunidad y después de seis meses regresamos al sector donde vivíamos... Cuando los jóvenes somos desplazados de nuestro entorno, de nuestro medio, yo creo que es como arrancar una raíz de la tierra.

Los jóvenes de San Cristóbal también tienen sus propias historias marcadas por la guerra.

Hemos tenido muchos problemas con la violencia, porque nos han intentado desplazar, pero hemos hecho resistencia todo el tiempo, y estamos dando lucha por su territorio. De hecho, los grupos no nos piden que salgamos, sino que por medio de la sugestión, intimidación o propiciando el miedo entre los habitantes. Por eso entre



50% y 60% de las personas de la comunidad se han desplazado a municipios de por aquí y a ciudades como Cartagena, Barranquilla; también a Venezuela. Y por eso hay mucha gente de la comunidad que han querido volver pero por temor no vienen. Porque se decía (que) llegaría la guerrilla, los paramilitares, que iban a venir a hacer batidas, daño. Todo eso le da temor a la gente que no quiere regresar.

Según otro testimonio,

en la comunidad hubo un comentario que asesinaron unos conductores en San Jacinto y a la gente de la comunidad le tocó salir y a mí con

mi familia para María la Baja. Ahí demoramos tres días y mi hermana como trabajaba en una guardería ella compró una casa en Barranquilla y para allá nos fuimos.

Recordar los hechos de guerra no es algo fácil, y aquí no buscamos explorarla en profundidad. Enfrentamientos entre grupos armados, asesinatos de vecinos, familiares y amigos, listas negras de amenazados, rumores sobre tomas armadas y desplazamiento forzado y destierros hacia otros sitios, constituyen una constante para muchas familias en el país, en el marco de una enorme incertidumbre,





¿Salir o quedarse?

Percepciones y expectativas

La salida de jóvenes de su lugar de origen es una constante en Colombia y en muchos países. Con frecuencia la juventud es la que cuenta con mayor permiso social para migrar. Sin embargo, a partir de los datos del censo de 2005, al parecer los jóvenes afrocolombianos migran el doble que los otros jóvenes del país. “Muy probablemente encontraron múltiples y fuertes razones socioeconómicas en sus lugares de origen, que les obligaron a emigrar a otros departamentos en búsqueda de mejores oportunidades para mejorar su nivel de bienestar y, peor aún, para preservar sus vidas” (Asprilla, 2009).

¿Cómo valorar esa dinámica migratoria? Salir o quedarse no es malo en sí mismo. Quizá habría que tener en cuenta en qué condiciones, qué nivel de satisfacción y qué posibilidad de opción y de decisión tienen las y los jóvenes. Conversando con adultos afro es frecuente encontrar en sus historias experiencias de largos y diversos recorridos por el país, ocupados en muy diversos oficios y conociendo muchas regiones y culturas. En esos casos parece que la migración se constituye en una suerte de rito de iniciación y de afirmación de su juventud. Es una forma de aprendizaje, de romper ataduras familiares y ganar independencia, de aventura y de





formación. Esas salidas, sin embargo, no siempre son definitivas. Muchos adultos cuentan que cuando se fueron tenían siempre la intención de regresar a su territorio, que siempre estuvo en su pensamiento, con muchos aprendizajes vitales para poner al servicio de sus familias y de su comunidad. Si bien la migración es un hecho que se permite y hasta se propicia desde la familia, la escuela y muchos otros espacios, la decisión de una migración con retorno dependerá también del espacio que se le reserve a la juventud y a los vínculos que se establezcan durante la ausencia.

La migración rural-urbana de la juventud afro se debe a tres razones: de orden familiar, de tipo laboral y por necesidad de educación. Mientras las mujeres migran en un 52,8% lo hombres los hacen en un 47% (Asprilla, 2009). El caso del palenque de San Basilio ha sido estudiado. Mientras en el territorio habitan cerca de 3.500 personas pertenecientes a 400 familias, fuera de éste “hay cerca de 10.000 personas quienes viven en ciudades como Cartagena (50%); Barranquilla (39%); Caracas, Venezuela (6%), el centro del país (4%) y Maicao (1%)” (Soto, 2007: 4). Estos datos dicen mucho de las nuevas diásporas de las comunidades negras en el país, algunas marcadas por la violencia armada y muchas otras por la violencia estructural que golpea con fuerza la vida y los sueños de los afrocolombianos.

Otro análisis complementario de las dinámicas migratorias en territorios afrodescendientes plantea que las motivaciones de las y los jóvenes para salir se resumen en cuatro tendencias: 1) la situación económica, específicamente la falta de empleo; 2) la búsqueda de oportunidades de formación para la inserción social profesional; 3) cambios en la estructura familia, en particular rupturas con la pareja; 4) la valoración de la ciudad como forma de acenso social (Posso, 2008).

Las expectativas de futuro que se tienen en cuanto a la migración rural-urbana¹⁵ con frecuencia no se cumplen, con múltiples frustraciones e impactos negativos en la trayectoria de vida de los migrantes y sus familias, y en los procesos en los lugares de origen y destino. Tales efectos negativos pueden resumirse en: 1) el aumento de la desigualdad territorial y la pérdida estratégica de los recursos humanos de los lugares de salida, que configura y profundiza la trampa de pobreza; 2) la no absorción en los lugares de destino de manera digna y sustentable de las demandas de los migrantes y la generación de desequilibrios económicos, sociales o ambientales; 3) el no mejoramiento efectivo de las condiciones de vida de los migrantes, porque el lugar de destino no las ofrece o presenta barreras de diferentes tipos para ellos (Cepal, 2012).

Sin duda hay condiciones objetivas que marcan la ruta migratoria y se constituyen en fuerzas que

¹⁵ Las migraciones internacionales también son dinámicas muy relevantes que comprometen las decisiones y futuros de la juventud. En este estudio las y los jóvenes entrevistados no se refirieron a planes futuros en otros países, lo cual no significa que no les interesen.



empujan las decisiones de la juventud y de sus familias hacia centros urbanos donde su realización personal se facilitaría, y que se retroalimentan con los deseos propios y ajenos que refuerzan tales decisiones. La cuestión problemática no solo es salir, hecho que puede formar parte de los procesos de formación, de ejercicio de autonomía personal y de proceso de madurez de la juventud, sino las posibilidades y las motivaciones que se tengan para retornar a sus comunidades de origen, proceso que no está previsto por los mismos jóvenes y, mucho menos, por sus comunidades.

Las dinámicas migratorias tienen múltiples caras: unas muy duras, otras esperanzadoras; unas buscadas y necesarias y otras forzadas; unas que provocan rupturas y abandonos definitivos y otras que guardan promesas de reencuentros enriquecidas con nuevas historias y aprendizajes. Veamos qué nos dicen al respecto las y los jóvenes afrodescendientes en estas comunidades, en el marco de siguientes preguntas: ¿qué experiencias migratorias

ha tenido y conoce por parte de las y los jóvenes aquí? ¿Qué expectativas y valoración tiene al respecto de la salida y retorno de las y los jóvenes de su comunidad?

Futuros proyectados: ¿en el territorio o fuera de éste?

La pregunta por los futuros deseados por los jóvenes, mujeres y hombres, remite con frecuencia a su realización fuera de su comunidad rural.

En el norte del Cauca, con los jóvenes del Palmar se realizó un ejercicio llamado “árbol genealógico en movimiento”. Esto permitió dialogar e indagar por la composición familiar de cada uno de los asistentes y de su movimiento regional en el tiempo, además de conocer la perspectiva de cada uno sobre la migración.

Las mujeres mostraron mayor tendencia a quedarse en su territorio, hecho que justifican por el compromiso familiar, la responsabilidad y el arraigo emocional, razones que pesan más que las expectativas de moda o la atracción por “una mejor calidad de vida”. Esa tendencia tiene que ver también con sus apuestas de realización personal, que no se encuentra lejos de la idea de conformar su propia familia, encontrar el padre de sus hijos y seguir siendo “esa persona entregada a los quehaceres del hogar”. Una chica expresa que no le gustaría irse y dejar a la familia; señala que la gente se mueve del lugar en búsqueda de trabajos “fáciles”. Ella no piensa irse ni imagina su vida lejos de su familia.



Encuentra que otras mujeres piensan parecido por el arraigo familiar. Esa percepción, de la cual no tenemos datos que la confirmen, contradice las tendencias que señalan una mayor migración rural urbana de las mujeres jóvenes afro (Asprilla, 2009). Los chicos plantearon una intención mayor de salir, de explorar lo que hay afuera, de viajar y tener “mejor vida”. Muchos de ellos en su cotidianidad consiguen algún dinero trabajando en ‘cualquier cosa’, como ayudantes del carro que sube del pueblo a la vereda, acarreando, cobrando el pasaje; o los sábados, día de mercado, cargando remesas y bultos.

Los siete jóvenes que participaron en el taller tienen experiencias migratorias en su familia, no solo interregional sino departamentalmente, hacia las ciudades de Bogotá o Cali. Los factores más constantes son la búsqueda de mejores condiciones de vida material y también por nuevos conocimientos y mejor educación. La salida se acompaña de nostalgia por su tierra y por eso no hay una idea de abandono total, sino que se piensa en volver. “Se van por mejores condiciones de vida, mejor economía, desplazamiento por búsqueda de empleo”, dice uno de ellos, buscando sabiduría, considera que “es allí donde te das cuenta de la importancia del lugar donde naciste, de dónde eres”. Sin embargo, afirma que a mediano plazo no se iría. Otro chico afirma que sí lo haría, buscando una “economía estable”, pero que se quedará, ya que valora mucho la libertad de movimiento que su territorio le permite.

Brian plantea que ellos ya no son de la generación para el trabajo con la tierra.

¿Crees que la juventud de ahora piensa en trabajar la tierra? La juventud de ahora, sinceramente, en la juventud de ahora no creo (...) ahora uno no quiere la tierra, uno quiere buscar nuevos horizontes... la tierra no es para cualquiera... en una empresa es sentado... por ejemplo una secretaria firma papeles y ya... en cambio acá sería trabajar la tierra y la tierra... Implica sacrificio... uno trabaja y trabaja para uno mismo aquí... en cambio usted trabaja en la ciudad y le entran ingresos económicos... acá le entra comida... Puede venir acá y llevar comida... porque por allá todo es caro (...) vivir en el campo, eso es muy duro. Trabajar la tierra es muy duro. Un día, dos días, tres días, trabaje, trabaje, golpeando la tierra, lo que va provocando es desgaste físico, uno va perdiendo la fuerza.

Considera posible una sostenibilidad alimentaria desde la tierra sembrada en el campo para vivir en la ciudad. “Uno vive en Bogotá, entonces uno ha dejado sus siembritos, uno viene a llevarlos y a sembrar más, eso crea estabilidad económica... una mejor calidad...”.

La preocupación por el presente y el futuro es evidente tanto para ellos como para los adultos en el territorio. “Tenemos muchas amenazas: la drogadicción, la migración, personas que quieren irse



porque no ven aquí nada que hacer...”, dice Carlos. Pero también hay una doble desazón producida por la falta de condiciones estructurales de oferta educativa y de motivación para las mismas, como lo dice Luis David: “¿Acá estudiar?, ¡nooo! Acá la gente sale y no hace nada, teniendo un cartón para estudiar y no... yo quiero estudiar en Bogotá, ingeniero en construcción (...) el dinero no alcanza, la tecnología... no alcanza... ellos están buscando algo mejor para mantenerse actualizados”.

En Asocasan las experiencias migratorias tampoco son ajenas a algunos jóvenes, tanto mujeres como hombres. “En mi caso yo no he salido, pero sí conozco a alguien que tuvo que salir de aquí, un amigo que le tocó irse para Pereira a buscar trabajo, a salir por él mismo, a trabajar para empezar a mantener su familia”, dice Kelly. Tatiana tampoco ha salido, “pero una compañera salió de aquí para buscar mejor futuro en la ciudad”. Igual sucede con Nelson, “pero unos compañeros de El Carmelo salieron porque se creyeron de la vagancia, del vicio y se creyeron de la plata; como algunos tenían y ellos no tenían pues se salieron de estudiar por ir a buscar plata también. No les fue bien, no consiguen plata y ya les da pena volver a entrar a estudiar”.

¿Por qué se van las y los jóvenes para las ciudades? Según las respuestas de algunos de ellos en Asocasan, las razones tienen que ver con la búsqueda de “cosas que aquí no encuentran, como mejores trabajos, ganar más dinero, conseguir y comprarse cosas mejores a las que uno puede conseguir acá”, dice Kelly. No obstante, para Nelson la promesa de

un mejor futuro en la ciudad es engañosa: “Yo creo que los jóvenes migran porque se dejan creer que van a conseguir afuera más plata y más fácil, pero se sorprenden”. El hecho de que la juventud sea la que más deje su comunidad, se debe a que: “A los adultos no les gusta dejar su tierra ni sus costumbres ni sus tradiciones”, precisa Lidier.

Pero, ¿qué expectativas y valoraciones tienen sobre las dinámicas de salida y retorno de jóvenes de la comunidad? Sorprende una percepción que sanciona la migración, que inclusive la sitúa como una deslealtad con su familia. “Para mí eso está mal, porque no tienen en cuenta nada de las cosas que les pasa a los padres, porque no se enteran mientras estén fuera y nunca tienen presente que ellos están ahí como unidos, eso siempre está pésimo”, precisa Lina. En el mismo sentido, Tatiana ratifica que “para mí está mal, porque cada uno de nosotros debemos pensar en salir adelante, en no quedarnos atrás; y si queremos ser alguien en la vida debemos esforzarnos para sacar a nuestra familia y a los que queremos y sacar también a nuestra comunidad; entonces si uno se va, pues debe salir adelante”.

La frustración porque las cosas no resultan es parte de lo que han visto en otras personas.

Para mí está mal, porque muchas veces salen de su casa a otras partes, pensando que a donde llegan tienen vida mejor que la que tenían en su casa, o que allá van a hacer lo que quieren, como ven que no es fácil la vida de fuera, pues



La esperanza la tenemos nosotros

regresan a su vivienda porque ya ven que las cosas no son como él piensa, señala Nelson.

No hay muchas certezas sobre lo que obtendrán saliendo.

Para mí, por una parte es bueno porque es bueno regresar con salud para ayudar a sus familiares y con lo poco que traen de la ciudad deben hacer algo. Pero si uno abandona el estudio está mal, porque uno nunca debe abandonar su estudio a menos que sea por cosas interesantes, pero que sea solo por salir a conocer y a ver cómo le va, pues pienso que está mal, dice Lidier.

Las respuestas guardan contradicciones: es malo irse, pero hay que salir adelante y eso se logra afuera; la ambigüedad de la situación y de las decisiones que deberán tomar muy pronto.

Al igual que en el norte del Cauca, en el Chocó hay una percepción diferencial sobre el comportamiento migratorio de las mujeres y los hombres. “Acá se da más que migran los hombres, porque ellos como que siempre tienen las ganas y las ideas de sacar a su familia adelante; es por eso que salen más los hombres”, dice Kelly. Igual cosa afirma Lidier:

Yo creo que en cuanto a género, son los hombres, porque ellos piensan que son los que van a tener más oportunidad de conseguir las cosas más fácil; por lo que somos hombres, somos los

que más pensamos en sacar la familia adelante, por lo que nos gusta como siempre estar en lo alto, siempre uno sueña con el carro último modelo.



Otro argumento para ese comportamiento diferencial tiene que ver con la mayor protección a las mujeres, que se traduce en impedir que salgan para evitar ‘peligros’ específicos relacionados con su condición de mujeres, especialmente que queden en embarazo. Consideran que ellas están más apegadas a sus familias y temen enfrentar la vida sin la atención y cuidado de sus padres.

Las mujeres pocos salimos porque a veces llegan situaciones como que quedamos en embarazo; hay cosas que también dice uno: que va a aguantar hambre porque llega uno a otra casa o que toca irle a trabajar a alguien, entonces por



eso las mujeres no salimos. Además, estamos enseñadas a que nuestros padres nos den las cosas, dice Lina.

Acá las mujeres no estamos acostumbradas a estar saliendo porque nos da miedo que uno va a la ciudad como que a pasar trabajos, que deja a la familia. Uno está acostumbrado a que los padres le den a uno todo o la mayoría de cosas. También porque en la ciudad se da mucho la violencia, entonces eso es a lo que más le tememos, complementa Kelly.

Tatiana está de acuerdo con tales argumentos:

La ciudad no es fácil, porque a uno le toca esforzarse mucho y a nosotros los jóvenes no nos gusta trabajar tan duro. Usted sabe que una cosa es estar en su casa y otra cosa es estar en casa ajena. Nunca cuando uno está fuera de su casa lo van a tratar como lo trata la mamá, como lo consienten. Uno en una casa ajena los primeros días lo tratan bien y de ahí para allá hay que pensarlo mucho.

Lidier es quien señala con mayor claridad los temores y cuidados compartidos por padres e hijas frente a la migración de ellas:

En el caso de las mujeres, pienso que casi no migran por estar al lado de sus madres, porque siempre se da que las madres siempre

consienten más a las mujeres que a los hombres y por eso las madres no dejan como migrar a las mujeres. Les da miedo que les pueda suceder algo, que se las vayan a embarazar, entonces las madres siempre quieren tener a las mujeres cerca, que si van a estudiar, pues que lo hagan cerca de ellas.

Nelson cierra con una buena síntesis: “Para mí, las mujeres casi no migran porque muchas salen con hijos, y se van es a cuidar. Además, se les hace muy duro el trabajo, y como el trabajo de la ciudad no es muy adecuado para las mujeres”.

En Palenque se preguntó por la idea que tiene la juventud del futuro próximo. Las respuestas ofrecen una amplia gama. Por una parte, están quienes se ven cumpliendo sus sueños en su terruño, como Luis: “En los próximos años espero y aspiro a ver terminados mis proyectos, los cuales tenemos planeados en el colectivo y en el grupo, mis compañeros y yo para no salir de aquí de Palenque. Los dos están muy ligados a estar haciendo música”. Alberto también es optimista en ese sentido: “De aquí a cinco años yo puedo alcanzar muchas metas, como estar en la universidad estudiando la carrera que me gusta. Y ser una persona formada. Claro, me gustaría estudiar en la universidad de María la Baja por los recursos y por estar más cerca a la población de San Basilio de Palenque”. Carlos Rafael tiene una expectativa muy similar: “Yo no sé... pero de aquí a cinco años me veo estudiando y trabajando dentro de mi pueblo, y con más experiencia



de Palenque”. Yurledis y Yuli se piensan trabajando en docencia, “dando clase a los jóvenes para tener un buen futuro”, y “como docente dictando clase en Palenque y organizada personalmente”.

Otros se imaginan fuera de Palenque, pero además tienen alguna claridad de aquello que no quieren para sus vidas, como Keila:

En cinco años voy a estar dictando clases de matemáticas, en el colegio o en la universidad, quizá con marido, no con hijos, porque no me gusta la idea de ser madre y tener que aguantar nueve meses con semejante barrigona. Me gustaría en cinco años estar bien económicamente o disfrutar de todo lo que la vida me pueda brindar en ese momento, sin gaticos que me lloren.

Andris precisa que como termina el bachillerato en 2012, “en cinco años espero estar graduándome de comunicador social, y en esa línea haber grabado un CD de hip hop, y como es en Cartagena, estar fuera de la comunidad, porque allá estudiaría, pero siempre con las visitas constantes e interesándome por mi pueblo”. Salir y regresar está en las perspectivas de Carlos Antonio: “La idea es que por las dificultades económicas que se presentan en la comunidad uno siempre tiende a salir y regresar. De pronto si me toca salir a trabajar y demorarme un año y volver nuevamente a la tierra”. Antonio tiene otro destino: “En otra parte trabajando, en un lugar lejos, como en Barranquilla”. La continuidad del estudio es una

constante para todos: “Me pinto en una universidad, estudiando derecho”, dice Gabriel.

Las y los jóvenes en San Cristóbal se identifican con un futuro que va de la mano de los procesos de autonomía territorial en los que están participando actualmente, que se alcanza a partir de profundizar y avanzar en su formación académica.

En la comunidad me veo en un territorio manejado por nosotros mismos, que manejemos nuestros proyectos y un buen funcionamiento de todo en la comunidad. Que nosotros mismos sepamos para dónde vamos, qué queremos, y podamos resolver nuestro propios problemas; que otros no estén manejando nuestras cosas, con nuestras propias leyes, que seamos nosotros mismos que direccinemos nuestra propia comunidad, afirma Melviss.

Algo muy similar piensa Manuel: “Yo me veo como alguien con más conocimiento de la cartografía en la comunidad, que ya tengamos la titulación colectiva del territorio, que ya teniendo la titulación colectiva en las manos tenemos más autoridad sobre el mismo”. También la cartografía, que ha sido una puerta de entrada para que estos jóvenes contribuyan en el proceso de afirmación territorial, es el deseo de Yosadri: “Estar experimentada en la cartografía, viviendo en mi comunidad y poder brindar mis conocimientos a otros”. Yefri reafirma el estudio personal como elemento necesario para lograr el sueño colectivo de tipo territorial: “Quiero terminar mis estudios para sacar mi pueblo adelante y estar



en San Cristóbal”; y también Malvi: “En cinco años yo me veo terminando mis estudios, en mi pueblo, buscando un mejor futuro. En mi comunidad estaré hasta morir”.

En la comunidad de Paraíso la indagación por la misma cuestión muestra también un gran interés por capacitarse y hacerse profesionales. De acuerdo con Indira: “Me veo ejerciendo alguna profesión dentro o fuera de mi pueblo; me gustaría estar bien en alguna ciudad que me gustara conocer”. El interés porque los logros personales se ejerzan y se incorporen a su pueblo es también explícito. Así lo señala Luceli: “Una persona especializada con un futuro económico, responsabilidades, y organizada. Quisiera trabajar dentro de mi pueblo, como antropóloga, para ayudar a mi comunidad”. Leonel manifiesta: “Me veo como una persona en mejor estado económico y ayudando a mi comunidad para que salgamos a delante, ayudando a los niños en mi comunidad”. El apoyo a su pueblo no significa necesariamente habitarlo en un futuro próximo, como lo precisa Yuleidis: “Yo me veo siendo una profesional y ayudando a mi comunidad para que así progrese más. Me veo fuera de mi comunidad pero ayudándola y trabajando en lo que me gusta”.

Proyecciones personales: entre lo que se quiere y lo que se puede

La juventud afro es insistente en manifestar su apuesta por el estudio para mejorar sus condiciones

de vida. Sin embargo, terminar el bachillerato y cursar una carrera profesional puede quedarse en un sueño. La continuidad de los estudios obliga a salir hacia las ciudades intermedias y exige recursos económicos que sus familias no poseen. ¿Cómo cumplir con esas expectativas? ¿Qué distancia hay entre deseos y realidades?

En el norte del Cauca, en Aires de Garrapatero, la preocupación respecto a la educación de las y los jóvenes es también de los adultos. Allí se mencionan varias situaciones. Por una parte están quienes no aceptan la oferta de sus padres de estudiar una carrera profesional de cinco años, situación no muy frecuente; y, por otra, aquellos cuyos progenitores les han advertido: “No, yo no le puedo pagar todo eso; le va a tocar estudiar y trabajar; o mire a ver si se escoge una carrerita técnica. Si a mí me dicen eso en la casa, pues yo no voy a presentarme en una universidad”, dice Lupe, una psicóloga que trabaja en la zona. En su opinión, “hay que trabajar mucho el proyecto de vida desde las casas”. Expresa su preocupación por los modelos y los referentes que tienen niños y jóvenes para su vida adulta.

Yo le pregunto a un niño, ¿usted qué quiere ser?

Y dice la mayoría de los niños de 5, 6, 7, y 8 años, yo quiero ser policía, quiero ser soldado, quiero ser chofer, quiero ser profesor... Como a los 13, 14 años dicen: cualquier cosa en el Sena... Llegan a los 16 o 17 años y ya cogieron vagancia, ya cogieron la calle y además están



La esperanza la tenemos nosotros

asustados porque no saben si tienen una peladita embarazada (Lupe, 2011).

En Asocasan, Chocó, la conversación alrededor de este asunto con las y los jóvenes da cuenta de dos tendencias. Una, la de las falsas ilusiones que ofrece salir de su comunidad. Así lo señala Leaver: “Es que los jóvenes que se van creen

que viviendo por allá trabajan mejor, viven mejor y se capacitan más”. Y otra que insiste en que para surgir y realizarse hay que salir. “Si uno quiere llegar a alguna parte le toca salir de acá”, afirma Elmer. Y Narlys reafirma:



Eso es quien se lo propone. Porque el que quiere ser alguien en la vida, pues tiene que salir a capacitarse y a veces quedarse lejos de su comunidad. Creo yo que me voy a desplazar para Medellín a estudiar enfermería jefe, porque me encanta, y pues cuando termine, a medida del proceso quiero casarme, tener mi hogar.

Las distancias entre lo que se quiere y lo que es posible estudiar pueden ser muy grandes. Así, por ejemplo, Elmer señala que “más que la meta que tengo es ser, trabajar en la seguridad. También quiero ser un astronauta, pero como no tengo las posibilidades de dinero y económicas, pues quiero entrar a la policía”. Jhonatan comenta, “la meta que me he propuesto es estudiar medicina forense, para eso tendría que irme de mi comunidad o ser un humorista”. Es el mismo caso de Yalcira: “Quiero estudiar medicina y ser una doctora superior, pero sé que por el momento no tengo el dinero; pero mientras, quiero hacer una licenciatura de inglés, aunque no sé en donde lo pueda estudiar”. Otro chico señala el mismo problema:

La dificultad de mi vida también es que cuando uno termina el bachiller, uno quisiera estar en las mejores condiciones, pero a veces no puede... también como el ejemplo de mi compañera yo quería estudiar derecho, pero mi papá y mi mamá no tienen la capacidad ni la posibilidad de darme eso.



Esos futuros tienen también para los hombres la proyección de su familia, como manifiesta Leaver: “Después que termine esta etapa del bachillerato quiero estudiar derecho y ser abogado, para eso tengo que estudiar en Pereira, también si Dios lo permite y me da vida pues ser casado, tener tres hijos y serle fiel a una sola mujer”.

Aunque se reconoce que en tales sueños se cuenta con la voluntad y el esfuerzo de los padres, hay excepciones, como lo señala una chica: “Algunos padres dicen que sus hijos no los meten a estudiar porque el estudio es para gente bruta; entonces si el hijo estudia o no estudia igual va a aprender, eso dicen algunos padres, por eso muchos (jóvenes) se quedan sin estudiar”.

En Palenque se mantiene la intención de estudiar, si bien hacerlo no es fácil.

Aquí con el estudio se presentan diversos problemas. Acá nosotros ejercemos la primaria, luego cuando terminamos la primaria pasamos a la secundaria, pero sucede que cuando se termina la secundaria, necesariamente hay que salir de la comunidad, porque como se puede ver, no hay una universidad... se presentan problemas económicos, que algunas familias no tienen recursos para poner a sus hijos a estudiar en una universidad... entonces se queda uno estancado aquí o tiene que salir a trabajar, a vender cocadas para poder mantenerse uno mismo.

Junto con los problemas, los jóvenes del Caribe perciben oportunidades frente al estudio, que sus padres no tuvieron.

Antes, nuestros padres no contaban con la oportunidad de estudiar, más bien porque aquí no había como una institución que aprobara lo que habían estudiado. Que si terminaban o sin terminar el bachillerato, tenían que salir fuera de aquí, a Malagana, que era donde estaba más cerca a terminar. Y eso les tocaba pagar o a veces irse a pie sin desayunar, porque no tenían con qué. Pues ahora cuando ya terminamos el bachillerato, contamos con muchas organizaciones que nos ayudan con becas, que nos facilitan tener un estudio, que nos pueden ayudar a pagar los semestres y eso era algo que no teníamos. Yo sí creo que es una ventaja y más bien dependiendo de cada uno las ganas, las ganas que tengas de estudiar, el esmero que tú le pongas, la verriquera, tú puedes. Porque más bien el gobierno nos está pagando para estudiar, nos está dando la posibilidad de estudiar... nada más falta como que la verriquera, las ganas para estudiar. Yo sí creo que es una ventaja que tenemos que apoyar.

Más allá de los recursos hay otros problemas, otros temores. “Yo pienso que también hay un problema... según dicen cuando llegan a la universidad comienzan a burlarse, como uno es negro, por su modo de hablar, de esto y lo otro se ponen a hablar.



También hay un problema muy grave, que es el problema racista”. El temor a la exclusión está muy presente, si bien hay situaciones que, como en el caso de Palenque, facilitan que la juventud afro recupere su autoestima y reconstruya su orgullo afro, a partir de la declaración de la Unesco de Palenque como Obra maestra del patrimonio oral e inmaterial de la humanidad¹⁶.

Una de las ventajas que hoy poseemos es que hoy no nos da pena decir que somos palenqueros ya que hemos venido ganando conocimientos... hoy ya sabemos la importancia que es ser un palenquero, tenemos sus propias costumbres, sus propias creencias, su propia cosmovisión, su propia lengua para expresarse ante el otro mundo. Somos diferentes al resto de pobres.

Ese cambio tiene suficientes evidencias, que ellos reconocen:

Antes uno tenía miedo de hablar su dialecto, ahora no. Ahora uno habla el dialecto de uno a donde uno vaya, donde uno se pone hablar ya... antes se burlaban de nosotros, ahora no. Ahora nos escuchan hablar el dialecto de uno, eso que antes uno no hacía, si no se burlaban del hablado de uno.

En Paraíso, las y los jóvenes consultados se sitúan en la ruptura con su comunidad y su familia, para continuar sus estudios luego de la secundaria. Las jóvenes cuentan que deben salir para Cartagena, San Jacinto, María la Baja o Barranquilla.

Uno se va a trabajar (como) la mayoría de las muchachas... Muchas tienen que trabajar medio tiempo y estudiar medio tiempo. Hay unas que trabajan el día hasta la tarde y estudian en la noche. Trabajan en la semana y estudian los sábados y los domingos. Yo creo que lo único que hay es eso.

Asumir la exigencia de estudiar y trabajar, pese a las dificultades, les puede permitir cumplir ese propósito. Sin embargo,

aunque ahora están entregando las becas a los grupos étnicos, te regalan las becas, pero no te regalan el alimento ni nada de lo que tú vayas a necesitar, y eso es lo difícil. Porque aquí, sinceramente, cuando uno necesita algo uno tiene que lucharlo bien luchado, porque para conseguir una cosa uno tiene que primero sudarla.

Tener definido un horizonte de realización personal, valoradas sus posibilidades y también sus dificultades, es parte del cumplimiento de esos sueños.

¹⁶ Unesco. Palenque patrimonio oral e inmaterial de la humanidad. 25 de noviembre de 2005



Pues yo, coger una carrera, terminarla y poder ser una profesional y poder ayudar a mi comunidad en todo lo que pueda, y satisfacer a mi familia. Y tener una mejor... una vida mucho mejor. Un estilo de vida mejor del que tenemos. Aunque no es decir que uno está mal, porque uno se siente feliz con su familia, pero es como tener la capacidad de satisfacer todo lo que uno necesite, ¿ya? Aquí llegan hasta nueve (nove-no). Faltan unas aulas para uno terminar aquí su bachillerato.

Las expectativas que tiene la juventud afro están muy próximas a las de muchos jóvenes: estudiar, trabajar, tener una vida con menos penurias y con más satisfacciones. ¿Dónde es posible esto? Cumplir esos sueños va de la mano con la exigencia de salir de sus comunidades, de dejar sus familias y ubicarse en un centro urbano medio o grande en donde se concentran las universidades y los espacios de formación y empleo. Eso supone una ruptura muy fuerte, que usualmente los distancia de la posibilidad de construir un futuro relacionado con sus lugares de procedencia. He ahí una trampa secular que favorece el abandono del campo por parte de las nuevas generaciones.

Es importante subrayar que los intereses de las y los jóvenes abarcan diferentes opciones profesionales y que no se reducen a perfeccionar su conocimiento agropecuario, información que debieran

tener en cuenta las ofertas educativas para la juventud rural, en vez de restringir sus opciones a aquello que les puede ser útil funcionalmente en el campo.

En algunas comunidades llama la atención también el propósito vehemente de fraguar sus destinos personales con las luchas por la autonomía territorial de sus comunidades. Ello corresponde al momento histórico que están viviendo San Cristóbal y Paraíso, que marca sus vidas y compromisos, a diferencia de otras situaciones en las que las luchas territoriales tienen otros desafíos, en donde la juventud quizá no se sienta interpelada. Ahora bien. Es claro que las cosas no van a darse en el sentido en el que se manifiestan las expectativas. Las situaciones que pueden afectar los propósitos y que quizás orienten de otra manera los destinos de estas chicas y chicos son múltiples. En unos pocos años sería interesante volver con ellas y ellos para conocer qué ha pasado con sus vidas, cómo aprovecharon las oportunidades y sortearon las dificultades dentro y fuera de sus comunidades.

Con realismo, las y los jóvenes de los varios consejos comunitarios compartieron esos sueños y discutieron sobre las maneras de hacerlos posibles, según sus percepciones, su experiencia y la información que poseen. Son muchas las ilusiones juveniles que sufren verdaderas frustraciones y renunciaciones. ¿Hace falta mayor persistencia por parte de la juventud misma? ¿Hasta dónde tiene suficiente información? ¿Cómo aprovechar mejor los avances tecnológicos que les permitan avanzar en sus



intereses? ¿Se están beneficiando suficientemente de los espacios de formación con ofertas que surgen desde la discriminación positiva para comunidades afro? Sobre esta última cuestión, conviene mencionar experiencias muy interesantes, como la formación de abogados en maestría y doctorados en universidades estadounidenses, en el marco del Observatorio de Discriminación Racial¹⁷, un proceso que supone no solo la formación académica misma, sino una formación política comprometida con sus comunidades. Muy seguramente hay otras posibilidades en marcha, que requieren suficiente difusión y en donde los colegios, las escuelas y los maestros pueden constituirse en un puente orientador fundamental. Pero también hay un bache grande de oportunidades, que nos desafía a todos.

¹⁷ El Observatorio es un espacio de investigación y acción contra las prácticas de discriminación racial en Colombia y América Latina. Está conformado por el Programa de Justicia Global y Derechos Humanos de la Universidad de los Andes, el Proceso de Comunidades Negras y el Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad (Dejusticia). Ver: Primeras becarias se gradúan en EEUU. <http://odracial.org/>



¿Cómo vemos las cosas aquí?

¿Qué experiencias migratorias ha tenido usted y cuáles conoce por parte de las y los jóvenes aquí?

¿Qué expectativas y valoración tiene al respecto de la salida y retorno de las y los jóvenes de su comunidad?

¿Qué pensamos frente al dilema de las y los jóvenes de salir o quedarse?

¿Qué programas o iniciativas en términos de formación de la juventud rural que abra horizontes a diversas temáticas conocemos?



CORRILES
CHONTADURO
PIATANO
IGIESIA

DOMIN GILLO

EL PRÁMBOL

SANTANDER DE QUIJI

SAN ANTONIO





La juventud rural afro:

presente y futuro de sus comunidades.

Con frecuencia, la juventud se valora como promesa de futuro para la sociedad. Por ello se aplazan sus espacios de participación y de toma de decisiones, en la medida en que se concibe que las y los jóvenes aún no están preparados, no tienen la experiencia y el juicio suficientes, y que su lugar protagónico será más tarde, en la adultez. Esta manera de pensar aplaza el protagonismo de la juventud, desperdiciando múltiples oportunidades para practicar y aprender con los adultos de su comunidad, de informarse

oportunamente sobre lo que acontece, sobre los riesgos y los desafíos. Además, se estimula la distancia generacional y se les excluye de espacios de participación y de decisión que les competen. La familia, la escuela y la sociedad pierden así la oportunidad de ser espacios de socialización de la vida política para niños y jóvenes.

Contar con la participación de la juventud supone valorarla como parte fundamental de una comunidad, no solo para que haga labores secundarias, sino para que aporte sus ideas, que se deberían





tener en cuenta con la debida importancia en la toma de decisiones. La presencia activa y protagónica de las y los jóvenes puede fortalecer entonces esa comunidad de pobladores y estará propiciando además una escuela de formación en el campo sociopolítico.

Pero, ¿qué estamos entendiendo por político? Apartándonos de los muchos lastres y estigmas que se han ido construyendo en torno a lo político, consideramos aquí esta dimensión como el ejercicio de su potencial crítico y propositivo que “permita reconfigurar las relaciones de poder en todas las dimensiones y espacios en los que acontece la vida” (Ospina y otros, 2012: 174). Facilitar y promover que las y los jóvenes se constituyen en actores políticos es un proceso permanente que se va haciendo a partir de la práctica misma, es decir por medio de la acción.

Como lo plantea Arendt, un sujeto político deviene, es decir se construye de a pocos en un proceso de ida y vuelta, a partir de la acción y el discurso. La acción es creación de algo que no estaba y que irrumpe en la historia, en la naturaleza, en la sociedad y en la comunidad. El discurso le permite enunciar su malestar, su inconformidad y también sus búsquedas y propuestas; la palabra le permite la comunicación y la relación con los otros para posibilitar una construcción colectiva y pública (Arendt, 2007). A nuestro modo de ver, una acción es política no solo porque se relacione con las instituciones y el sistema político institucional; esto significa que en la vida cotidiana, comunitaria y familiar se

desarrollan de manera permanente acciones políticas que pueden pasar desapercibidas.

Sin duda hay condiciones objetivas que marcan la ruta migratoria y que se constituyen en fuerzas que empujan las decisiones de la juventud y de sus familias hacia centros urbanos que prometen facilitar su realización personal y que se retroalimentan con deseos propios y ajenos que refuerzan tales decisiones. La cuestión problemática no es salir, lo cual puede formar parte de los procesos de formación, de autonomía personal y de madurez, sino las posibilidades y las motivaciones para retornar. Las dinámicas migratorias tienen múltiples caras: unas muy duras, otras esperanzadoras, unas buscadas y necesarias y otras forzadas, unas que provocan rupturas y abandono definitivos y otras que guardan promesas de reencuentros enriquecidas con nuevas historias y aprendizajes.

El papel de las y los jóvenes como actores políticos, en tanto participan en la toma de decisiones y en los beneficios y los recursos, es especialmente importante en contextos de proyectos colectivos por la defensa del territorio y la autonomía territorial, como son muchos de los territorios afrodescendientes en Colombia. La autonomía territorial es un proceso que se obtiene en periodos medios y largos, y que requiere además de dinámicas cotidianas sostenidas para que los esfuerzos y las acciones de un gobierno propio tengan vigencia y actualidad. Son procesos que se construyen involucrando a todas las personas, en sus diferencias



internas, en sus dimensiones microlocales, en sus perspectivas de género y edad, que permitan dar continuidad y fuerza a lo que fácilmente se puede volver una figura de papel. Los riesgos y las amenazas externas e internas son diversas y permanentes, lo cual supone un compromiso ampliado, en el que es fundamental la alianza entre generaciones. Mirando hacia el pasado, las comunidades indígenas y afrodescendientes han acumulado numerosas experiencias de la esclavitud, la dominación, la asimilación y la exclusión, desde las que han creado y recreado prácticas de resistencia que, a manera de fuerza colectiva, van atravesando las historias pasadas y recientes de la mano de las generaciones que repiten y renuevan formas de resistir desde sus legados histórico-culturales. Nuevas condiciones y posibilidades que ofrece el conocimiento y la tecnología se van incorporando, al tiempo que se dialoga y se reafirman consideraciones propias, ancestrales, en un proceso constante, mediado por tensiones y decisiones. Entre lo propio y lo ajeno, lo tradicional y lo moderno, extremos aparentes que se reencuentran en la vida y las acciones, se tienden puentes para fortalecer procesos en marcha.

En este capítulo se indaga por las experiencias de participación y proyección comunitaria que identifican las y los jóvenes. ¿De qué maneras participa la juventud en esta comunidad? ¿En qué aspectos? ¿Qué opinión le merece dicha participación? ¿Qué conoce sobre los procesos de defensa territorial en su comunidad? Si pudiera decidir en la vida de

su comunidad, ¿qué modificaría y qué mantendría? Veamos sus respuestas.



Sentidos, formas y espacios de participación

En el norte del Cauca, en Santander de Quilichao, vereda de San Antonio, los jóvenes cuentan que participan en los grupos Naturaleza Viva y Raza Afro de San Antonio Dejando Huella (RADSADH). En el primero consiguen recursos para comprar materiales que permitan hacer actividades de limpieza de la vereda y de siembra de un huerto colectivo. En el segundo desarrollan actividades alrededor de la comida, a fin de conseguir recursos económicos



para actividades que convoquen a la participación de integración comunitaria, tales como los “viernes de película”; por ahora su objetivo es hacer un viaje en grupo para divertirse y conocer nuevos lugares. Estos grupos son liderados por la iglesia evangélica y motivados por una psicóloga; debido a las reglas de su iglesia, tienen sus propios códigos de participación comunitaria.

Pese a esas experiencias de participación juvenil, la valoración no es muy optimista. Irene, una líder, expresa que:

Como jóvenes, son apáticos a muchas realidades (...). Muchos son así, no veo jóvenes con mucha capacidad de hacer, de actuar... los veo pasivos, una pereza mental... yo pienso que eso viene de acá (de la cabeza). Uno mismo debe crear la conciencia, uno debe explotar su propio conocimiento... la iglesia motiva... los líderes comunitarios motivan.

Por su parte Lupe, psicóloga, aclara: “No es pereza, es solo que aquí no ha habido proceso y apenas lo estamos intentando... Los que se llamaron líderes no hicieron el proceso que tuvieron que haber hecho para que en esta época hubiera jóvenes ya con intención de participación real”. Ana, estudiante de trabajo social, añade: “Yo recuerdo antes... “Jóvenes en acción”, eso fue hace unos cinco años o más, participación de los jóvenes en todo lo relacionado con la comunidad... se preocupaban mucho por el ambiente, la limpieza y los espacios

públicos... hacían bancas, el periódico mural”. Sin embargo, esa experiencia no se transmitió ni se compartió con otros. En palabras de Javier, de 16 años, “no hicieron semillero, entonces ya adquirieron responsabilidad del hogar esto y lo otro... y no hubo continuidad”. Al no trasladar “el conocimiento a los niños (...) la brecha se abre más, que es lo que ha pasado aquí. Aquí hay como dos bandos, vos no ves adultos, ves adultos mayores y jóvenes, no ves trabajo de adultos, por ejemplo, porque no se hizo relevo”, precisa Lupe.

Por supuesto hay que contar con los otros intereses que tienen las y los jóvenes. Según Lupe,

aquí la pasión del fútbol es... los que se van para Guachené a la playa, eso es lo máximo... Acá uno tiene que moldearse dependiendo de las actividades... Siempre tenemos que preguntar si hay partido, aquí la gente es fanática del futbol, o... no haga una actividad en la noche, después de que haya festival, rumba, nadie le llega... a mí me puede interesar pero... yo coloco en la balanza... no es que no le interese pero el partido, ¡es que es la semifinal! Los paseos, nooo, nadie se quiere quedar de los paseos.

Contar con estas otras actividades para proponer otras a las y los jóvenes es parte fundamental del reconocimiento de los otros. Mejor aún, sería deseable que más que alguien se esfuerce en



programar cosas para la juventud, esta decidiera directamente sobre aquello que le interesa, cuándo le parece mejor y dónde podría desarrollarse.

En las actividades de formación se señala una tendencia por la oralidad y no por la escritura. “La gente va a una reunión a hablar y no a llevar cuaderno”, señala Lupe. Más que una limitación, estas preferencias de lenguaje son pistas sobre formas diferentes de aprender y de registrar, que invitan a redefinir el tipo de actividades y de metodologías empleadas; no se trata de repetir la lógica poco amable y poco participativa de la educación formal, en la cual alguien sabe y detenta la autoridad y otros reciben unos conocimientos o una información. Replantear relaciones de aprendizaje entre pares, de intercambio de conocimientos y de valoración de los mismos, genera nuevas relaciones que rompen con estructuras de poder que se repiten en ámbitos como la familia, la comunidad, la escuela y las iglesias.

Aunque se participe en actividades, estas son puntuales y no tienen continuidad, por lo que no generan un proceso.

No hay una cosa, así en el tiempo que uno pueda estar en lo mismo todo el año; entonces falta primero la capacitación... es muy chévere reunirse, ¡pero no se sabe cómo! Capacidad de réplica: además, el proceso de réplica acá la gente de aquí no lo entiende... aquí no sabe cómo se replica, como con la música, el arte, continúa Lupe.

Capacitarse para participar y vincularse sostenida y periódicamente con actividades que generen procesos más allá de acciones sueltas, son condiciones que mejorarían la participación de la juventud. Al dialogar sobre la participación en el Consejo Comunitario Aires de Garrapatero, se señala el poco éxito que han tenido las convocatorias a los jóvenes de la comunidad. Aunque “el futuro de Colombia está en la juventud, el interés no se ve reflejado en sus acciones; ellos tienen un interés individual de beneficio. Ellos van a ser nuestro remplazo”, comenta un líder, con preocupación. Los mensajes ambiguos que indican, por una parte, que no son invitados ni recibidos en los espacios de decisión, y, por otra, que se esperan grandes cosas de la juventud, sitúan la participación como un campo que no solo pone en cuestión la contribución de las y los jóvenes, sino que confronta a los adultos, la escuela y el colegio, sobre los espacios y temáticas que ofrecen a la juventud y sobre las metodologías que proponen. En síntesis, hay un desafío presente sobre el papel actual que tácita o expresamente le quieren dar a sus jóvenes.

En el Chocó, para las y los jóvenes con quienes se dialogó en Asocasan, “participar es como colaborar en sociedad, colaborarle a la comunidad, colaborarle a las personas que en verdad necesiten que uno les brinde la mano”, dice Jeaver. Esa misma idea la comparten Tatiana, Kelly y Nelson. “Colaborar en lo que nosotros podamos, aportar algo bueno a la comunidad para mejorar las situaciones, dar opiniones”, son formas concretas de participar.



¿Quiénes participan? Para Jeaver, quienes más participan son los adultos: “Son menos los jóvenes que participan, porque no todos tienen el don de participar y de colaborar a las personas; muchos se tiran a lo que es la pereza, el desánimo de colaborar a las demás personas”. Sin embargo, él mismo considera que:

En estos momentos, a los jóvenes de mi edad les gusta mucho colaborar en mi comunidad; no sé si es por lo que nos enseñan en el colegio, porque en el colegio y en las casas nos enseñan mucho que debemos colaborar, así sea una hora o dos horas, haciendo un trabajo que sirva para la comunidad o para otras comunidades.

Para Tatiana, “participar es tener sentido de pertenencia”, y la juventud lo tiene. Una opinión similar tiene Kelly, quien considera que hay participación de los jóvenes “en obras sociales, en la iglesia”. Su valoración es bastante optimista, porque los jóvenes “siempre estamos pendientes... porque es un beneficio para la comunidad”. Nelson, por el contrario, señala que “nosotros los jóvenes casi no nos prestamos para eso. No nos gusta participar en lo que hay que hacer en nuestra comunidad”. Si bien es bueno participar, él afirma que “no lo estamos haciendo”. Las respuestas dan cuenta de percepciones muy distintas que se derivan de experiencias personales y colectivas diferentes. Dejan planteadas preguntas sobre la participación de la juventud, con su enorme potencial de orden sociopolítico, el cual

con frecuencia se ha minimizado y convertido, simplemente, en una acción puramente funcional e instrumental sin mayor alcance transformador. ¿Participar es un don? ¿Una decisión? ¿Qué media entre el sentido de pertenencia y valoración expresado de manera positiva en la primera sección de este texto y la participación de la juventud en sus comunidades?

La experiencia de participación se construye desde la vida familiar, que en Asocasan tiene diferentes valoraciones. Según Tatiana, “mi madre siempre cuando va a tomar alguna decisión cuenta con nosotros, por ejemplo nos pregunta y ahí pues tomamos las ideas y llegamos a un acuerdo”. Lina piensa que la participación en la familia es buena, porque “cuando van a hacer alguna actividad, primero siempre lo tienen a uno en cuenta”. La experiencia de Lidier es regular, pues “mis padres cuando van a hacer algo toman su decisión y no la consultan con nosotros los hijos”.

En los espacios de los consejos locales, como Fuente de Oro, se participa,

en los proyectos generales de limpieza de la comunidad para que se mantenga presentable; también participamos cuando hay algún concurso deportivo. Claro, tenemos triunfos. Aquí los jóvenes practican mucho el fútbol. El microfútbol lo juegan demasiado bien, o sea que en eso aportaríamos más a la comunidad; a nivel académico claro que aquí salen unos estudiantes innovadores, excelentes.



Elmer considera que “la participación es buena. Es apoyar a alguien que tiene una idea innovadora para transformarla y siempre lo mira uno para que eso sea algo productivo. Entonces, por eso siempre los proyectos acá son productivos, algo que de verdad no destruya a la comunidad, sino que le brinde apoyo”. César, por el contrario, señala muy poca participación de los jóvenes, un hecho que considera “como una costumbre”.

¿Qué motiva la participación? ¿Cuál es el sentido de participar? Según estos jóvenes, participar es bueno, porque “sirve que lo tengan en un buen concepto, cuando esté en malas condiciones le ayudan, porque saben que es muy colaborador”. En ese mismo sentido, “participar es bueno, porque a uno lo tengan en cuenta, entonces por eso gana puntos”, y porque “lo van teniendo a uno como persona de bien, una persona decente y en la comunidad lo van a admirar por su participación”. Además de estas percepciones marcadas por la reciprocidad y el reconocimiento esperados, otros piensan que con la participación se “aprende más y se tiene más experiencia”; además, “se aprenden muchas cosas que uno no sabe y que las puede poner en práctica”, corrigiendo errores.

Jóvenes y procesos de autonomía territorial

Dado que todas estas comunidades están construyendo espacios de autonomía territorial, desafiando las muchas amenazas internas y externas para

que sus territorios no sean arrebatados o usurpados y trabajando para que mediante la unidad de sus pobladores puedan ejercer el gobierno propio, preguntamos a las y los jóvenes por lo que saben al respecto.

En el caso de Asocasan, en Chocó, Lidier señala que: “Desde mi punto de vista, eso es defender su territorio donde está su comunidad, su cultura, su etnia, defenderse uno mismo”. Si bien se tienen nociones, varios jóvenes señalan que no es un término que hayan escuchado en sus comunidades. Para Nelson, “eso es defender su territorio y todo lo que hay en él, defenderlo de los problemas y de las malas ideas, pero aquí no había escuchado nada de eso”. Lina considera que aun cuando “eso no lo había escuchado mucho por acá... creo que es defender el territorio, defender los derechos y los deberes que los demás tienen y que uno mismo como persona tiene”. Elmer señala: “No, nada, yo nunca había escuchado eso”.

Tatiana amplía lo que significa la defensa del territorio:

Eso es defender el territorio, demostrando lo bueno que tenemos, porque muchas veces a nosotros aquí en el Chocó nos han catalogado como la parte más pobre, más extrema, más mal hablada y no es así como muchos piensan que somos; nosotros podemos ser mejores que los que nos tienen por lo poco, y eso muchos aquí en el Chocó lo han demostrado.



Allí mismo se desarrolló un ejercicio de prospectiva, en donde las y los chicos se situaban como líderes en sus comunidades para decidir qué mantener y qué cambiar en ellas. De allí salieron algunas propuestas que reflejan sus preocupaciones e intereses. Encontramos, por una parte, la renovación de espacios colectivos alrededor de las festividades patronales. En el Carmelo, por ejemplo,

la iglesia es lo que quiero que cambie, porque se está cayendo y nadie hace nada para arreglarla. Y no quiero que cambien las fiestas patronales de la virgen del Carmen (16 de julio), porque los jóvenes participamos mucho en los bundes, en la bajada de la Virgen, también vamos a la iglesia a misa.

En Playa de Oro también se dice que, “la verdad que nos encanta demasiado que sigan las fiestas patronales como son, porque nos divertimos mucho”.

Otra cuestión tiene que ver con las actividades deportivas. En El Tabor se afirma:

En estos momentos tenemos una cancha muy pequeña y queremos que la cambien; aunque han llegado políticos desde el 85 prometiendo que nos van a cambiar la cancha, esta es la fecha que no nos han cumplido. Y siempre buscan la debilidad de comprar a los jóvenes y los adultos por medio de sus votos para construirnos la cancha y esta es la fecha que no.

También en Playa de Oro se insiste: “No queremos que cambie el deporte, la verdad que nos encanta demasiado”.

Otras obras colectivas que tienen espacios para niños y jóvenes son muy valoradas. Así, en Angostura se señala:

Más que todo quiero que cambie la casa comunal porque está muy cerca de la carretera y a los niños les gusta mucho jugar ahí; entonces es peligroso porque de pronto pasa un carro a máxima velocidad. No quiero que cambie el parquecito ubicado en Tierra de niños, porque allí los niños tienen una cabaña en donde pueden ir a jugar y hacer actividades.

En Angostura algunos jóvenes precisan: “Lo que no queremos que nos cambien son las fiestas y el centro turístico que tenemos por ahora, que se llama ‘Arrastrader’, porque por ahí querían cambiarlo, querían meterle maquinaria para agrandar el charco, pero nosotros los jóvenes no queremos que metan maquinaria”.

Sobre la participación de la juventud hay quejas y propuestas. En Playa de Oro señalan:

Lo que queremos que cambie en este corregimiento es el egoísmo; lo que está con el signo pesos. Son las personas que tienen con qué apoyarlo a uno, los que están acá son los que tienen ideas innovadoras, de proyección con el fin de mejorar, pero el que tiene no nos apoya,



nos mira como un cero a la izquierda. Eso es lo que queremos que cambie aquí en el pueblo, que haya más apoyo, porque tenemos ideas de querer hacer algo.

Allí mismo se insiste en que “los jóvenes... sigan participando más, porque eso me gusta mucho, que seamos muy participativos en las cosas del pueblo”.

Las costumbres políticas son también parte de los cambios deseados. Así, en Playa de Oro se critica a los políticos de turno que prometen obras buscando votos y nunca cumplen.

Hay personas que tienen cómo arreglarle al pueblo un alumbrado público, porque en realidad lo necesita. En estos momentos, en octubre, se acercan las elecciones. Todo el mundo, por lo menos aquí en el pueblo, cada quien va sacando para distintos candidatos; no se reúnen todos para que apoyen a un solo candidato y ese candidato hay que decirle lo que se necesita, un alumbrado público, un alcantarillado, hasta la televisión, porque en eso estamos mal.

El cambio de dirigentes es otra propuesta de los jóvenes. “Pues si yo fuera líder en mi comunidad cambiaría más que todo el consejo, porque pienso que lo que ellos hacen no es bueno, porque al igual los recursos que entran a la comunidad nunca se ven los resultados”. Por esa misma línea un chico precisa: “Yo en mi comunidad cambiaría las

personas que están en los consejos, enseñar siempre que cada persona tiene derechos y deberes”. Las propuestas incluyen cambios mucho más ambiciosos que pasan por el papel de cada uno de sus habitantes, es decir por sus compromisos y responsabilidades.

Lo que cambiaría sería que tuviéramos más sentido de pertenencia. Por ejemplo nosotros los jóvenes que hacemos obras sociales recogiendo basura, pues el consejo debería como darnos un apoyo, pero en cambio es el colegio el que nos ayuda. Necesitamos cambiar muchas cosas que no están bien en la comunidad, pero dejaría las costumbres o tradiciones.

Los cambios se piensan también en relación con el comportamiento de los jóvenes mismos.

Yo cambiaría más que todo el pensar de los jóvenes, que muchos cuando se embriagan piensan en matar o que si muchas veces el negociante no les fía la bebida entonces empiezan a agredirlo como para pegarle. También cambiaría la colaboración, que fueran como más colaboradores con las cosas de la comunidad.

Situados en el palenque de San Basilio, las y los jóvenes que participan en el grupo de mapeadores del Observatorio manifiestan sus opiniones sobre el Consejo Comunitario, el papel que cumple y el lugar de la juventud en él. Por una parte, algunos



desconocen el asunto: “Del consejo comunitario yo no sé nada, pero hay uno aquí en Palenque”; o, “No tengo conocimiento de los consejos comunitarios”. Otros tienen alguna información al respecto y señalan su papel tanto de servicio como de autoridad: “Para mí, el consejo comunitario es un grupo de personas que velan por la necesidad de la comunidad; los jóvenes participan dependiendo de los cargos que se encuentran en dicha junta”, dice una chica, cuyo vecino afirma: “El consejo comunitario es la máxima autoridad del territorio y los jóvenes nos integramos para conocer los procesos y en el futuro poder relevar a los mayores”. En lo que no hay mayores dudas es en el papel y el lugar de la juventud allí: “Yo sí creo que los jóvenes pueden estar en los consejos comunitarios, porque ahora nosotros estamos pendientes, estamos aprendiendo de las personas mayores de edad, creo que podemos estar capacitados para ser parte del consejo”. Un chico señala: “Los jóvenes se pueden integrar en esta junta, por el conocimiento que tengan sobre sus territorios, y además cuando tengan interés por vincularse”. Para otro, “la participación de los jóvenes se da es en los talleres formativos, es de acuerdo al interés de los jóvenes, de la organización a la que pertenezcan; pero de igual forma tienen derecho a participar en los consejos comunitarios”. Otro joven plantea la participación de la juventud en el consejo como un espacio de formación para cuando sean adultos: “Yo creo que los jóvenes pueden participar en el consejo comunitario. Yo creo que tienen un cupo en el consejo comunitario, pero

no están siendo partícipes, sino aprendiendo; estar allí colaborando en lo que se pueda hacer, para cuando tengan ya una edad determinada puedan ser partícipes del consejo”.

En Palenque también se les preguntó a jóvenes que no forman parte del grupo de mapeadores. Las respuestas mostraron también desconocimiento del asunto: “Sé que hay un Consejo pero no sé nada”. “No sé...”. A una información de orden general: “Son las personas que reciben la información de fuera y la dan a la comunidad”. Insisten así mismo en la importancia de que haya participación de la juventud en tales espacios: “Para mí se puede tener participación como joven, porque hay que ver que son los que van para arriba y en los consejos comunitarios debe haber tres o cuatro jóvenes. Para mí, los jóvenes no tienen participación en los consejos comunitarios de Palenque”.

Refiriéndose a las dinámicas internas de Palenque, Manuel señala una tensión importante entre generaciones.

Los procesos comunitarios actuales liderados por jóvenes, hoy son materia de crítica por los abuelos, que viven en medio de controversia en la comunidad, por las diferencias en los puntos de vista, forma o manera de interpretar la realidad, de identificar los problemas y con ello la solución. Tanto es así que se han atrevido a afirmar que la educación, entendiéndose como la formación profesional, ‘ha vuelto bruto a la juventud palenquera’. Todo esto tiene una



explicación comunitaria, desde el punto de vista que eran muchos los iletrados en la comunidad quienes realizaban los procesos, organizaban las actividades, desarrollándose sin ningún tropiezo, objeción u otra forma de oposición para sus efectos. Por eso es muy común escuchar en la comunidad la frase “Eso no son cosas para pela’o”.

Se dialogó también sobre los riesgos y las amenazas que ellas y ellos perciben para sus territorios. Para el Caribe se preguntó su opinión sobre “los palmeros, las empresas de hidrocarburo, el turismo excesivo y la compra de tierras por personas ajenas a la comunidad”¹⁸. Las respuestas muestran preocupación por estos intereses, sobre los cuales parecen tener mayor información que sobre el papel de los consejos comunitarios. “No-

¹⁸ Se hace esta aclaración porque a diferencia de las otras preguntas, aquí se refiere a situaciones concretas, lo cual puede orientar las respuestas.



sotros aquí somos conscientes del peligro al que estamos expuestos si dejamos que los problemas y debilidades de otros nos afecten, así que rechazamos esos casos que le han ocurrido a otros”, plantea Luis.

Yo pienso que nuestro territorio hay que cuidarlo porque es nuestro y si lo perdemos, ¿en dónde vamos estar?, ¿por dónde vamos a pasar? No deberíamos vender nuestro terreno porque, ¿en dónde cultivaremos? ¿En dónde haríamos nuestros trabajos, como sembrar la yuca, el ñame y el topocho? El turismo es una forma de llevarnos hacia delante, a triunfar porque es una forma de dar a conocer más a Palenque, a nuestra cultura, comenta Alberto.

Yo creo que los riesgos son la tala indiscriminada de los árboles; hay una que perjudica mucho a la comunidad, la que se hace a la orilla del arroyo, que es un espacio de comunicación para el palenquero. Los megaproyectos influyen mucho en la economía campesina, porque los productos típicos como la yuca, el maíz, el ñame, ya se están viendo en mínima producción, porque también las personas dueñas de terreno los están vendiendo a los terratenientes para el cultivo de la palma. Por otro lado, el turismo trae problemas sociales como la drogadicción, es la opinión de Antonio.

Para Yurledis,

el riesgo es que se están perdiendo las tierras. Porque he oído de los abuelos que las tierras eran mucho más grandes, porque por los lados de San Cayetano se vienen cogiendo las tierras... me enteré también que Palenque estaba más allá de la carretera y ahora está de este lado de Palenquito. Ya hemos perdido la mayoría de las tierras que anteriormente eran nuestras.

La disminución de su territorio por la venta de tierras bajo amenaza u otro condicionamiento preocupa a Gabriel.

El miedo que uno siente es cuando uno se entera que el familiar o el vecino vendió sus tierras, pero que no fue a un palanquero sino a uno de fuera, que son los que vienen a causar daño a uno, cuando siembran la palma, la teca, cuando siembran esos árboles que vienen a dañar la tierra.

La pregunta por los riesgos también fue respondida por jóvenes que no están en los procesos de formación en cartografía. Aunque hay alguna información al respecto, las precisiones son pocas. “Que un territorio grande que dio Benkos se ha ido poniendo pequeño, porque se lo han estado quitando los vecinos de Palenque”, dice Luis Carlos. “Lo que he oído hablar es de titulación colectiva, pero no tengo idea de eso”, dice Lewis. Y Antonio sabe



que “se pueden coger las tierras de nosotros”. Yuli parece tener más información: “La comunidad se ve bastante amenazada por la compra del territorio, por personas extrañas; creo que el turismo no es amenaza para el territorio, porque es bueno que otras personas conozcan nuestra comunidad y sepan de ella, que conozcan nuestras historias a través de los que aquí se encuentran”.

De cara a los futuros soñados y posibles, en medio de las muchas exclusiones, empobrecimientos y amenazas, algo importante está sucediendo en el palenque de San Basilio en términos de la revaloración de su comunidad, de su historia y su territorio. Como afirma Manuel, a partir de la declaración de la Unesco en 2005, “los jóvenes de Palenque, que antes del reconocimiento se mostraban muy apáticos para participar en los espacios decisorios comunitarios, han venido cambiando, porque muchos identifican estos espacios como oportunidad para el crecimiento personal y comunitario”. Como sucede en muchos procesos identitarios, el reconocimiento que otros hacen de aquello que somos influye en la autovaloración y el orgullo que sentimos por lo propio. Así lo expresa un joven: “Somos reconocidos por la Unesco como patrimonio oral y yo creo que también es un reconocimiento que nos da la Unesco por todo el legado cultural que tenemos. Sin duda, la mirada de otros nos marca para

bien o para mal, especialmente en la percepción de nosotros mismos”.

En la misma región Caribe, en el Consejo Comunitario Eladio Ariza de San Cristóbal, conformado recientemente, las y los jóvenes con los que se conversó forman parte del grupo de jóvenes cartógrafos de la comunidad¹⁹. Para Melvis,

hasta el momento lo que creo y conozco de los consejos comunitarios es que ellos están luchando por un título de las tierras o que se titulen los territorios propios, para que así no vengan gentes de otros lugares a trabajar proyectos, sino que seamos nosotros mismos. Que como Consejo seamos cuidadores de nuestro territorio. Los jóvenes sí tienen participación en los consejos comunitarios. Por lo menos yo que soy joven tengo trabajo con el consejo comunitario de San Cristóbal, y los cartógrafos trabajan de la mano con el consejo comunitario, tanto que hay jóvenes en el consejo comunitario.

Opinión similar tiene Manuel:

Se aplican para los cuidados del territorio, buscar la titulación colectiva, para decidir y opinar sobre el territorio, son autoridades para eso. Los jóvenes participan fundamentalmente porque llegamos a relevar y así dirigir la comunidad

¹⁹ Para conocer la historia del grupo de cartografía de los Montes de María, véase Herrera, Johana y Osorio, Flor Edlima. 2011. *Mapeo social y prácticas de autonomía territorial*. Observatorio de Territorio Étnicos. Universidad Javeriana. Bogotá.



Por eso el consejo comunitario de San Cristóbal está haciendo esta preparación e incluye jóvenes.

Malvis afirma que el Consejo Comunitario “es una organización que se forma para que nosotros peleemos por sus derechos, porque nosotros ahorita mismo estamos viendo quiénes somos. Los jóvenes están integrados en los consejos comunitarios porque los invitan a participar en las reuniones, talleres y reuniones donde expresamos lo que sentimos”. “El consejo comunitario es la organización que ayuda a las personas que pertenecen a los negros que están en la comunidad. Integran a los jóvenes solo en las reuniones que hacen y nos llaman”, expresa Yosadri. Y Yefri señala que aun cuando “no sé de los consejos comunitarios, yo pienso que los jóvenes tienen participación en ellos”. Allí mismo, la pregunta por los riesgos y las amenazas para el territorio colectivo despierta una serie de temores recientes que han tenido que enfrentar.

Nuestros territorios están muy amenazados, especialmente por un estudio que se realizó para la explotación del petróleo sin consulta previa. Por otro lado, los compradores de tierras para siembra de palma aceitera y teca que ha ido desplazando la comunidad sin violencia, dejando a la gente sin territorio para trabajar, estos son los más grandes riesgos que tenemos, precisa Melvis.

“Está dado más bien por la palma aceitera, nos tienen amenazados y sin armas, porque ellos van comprando y nos van dejando sin tierras”, dice Manuel. Y Yefris confirma: “El único riesgo que yo veo es por la palma aceitera y la explotación de petróleo”. Tienen información sobre las implicaciones ambientales y sus efectos para su calidad de vida derivados de los intereses de palmicultores y de la empresa petrolera. “Los riesgos que veo son la presencia de la palma aceitera, la explotación del petróleo por Ecopetrol, porque ellos traen muchas cosas malas para la comunidad. Por ejemplo, a la palma le echan un veneno que cuando cae en la represa mata los peces”, explica Yosadri. “Los riesgos más cercanos son los palmicultores y Ecopetrol. Los palmicultores porque están comprando nuestra tierras, y Ecopetrol porque viene a contaminar nuestros suelos o el medio ambiente en general”, cierra Malvis.

Paraíso, la comunidad vecina, también en el Caribe, es también una comunidad pequeña, cuyo consejo comunitario es reciente y en donde hay un grupo de jóvenes que se han formado en cartografía con el Observatorio. “Son organizaciones que se formaron para informar a las comunidades sobre sus derechos y deberes. A los jóvenes los vinculan cuando los llaman para las reuniones, los llevan a eventos”, dice Luceli, refiriéndose a la percepción que tiene del papel del consejo comunitario y del lugar de la juventud de la comunidad allí. Una opinión similar tiene Leonel. “Es una organización que nos representa fuera de nuestra comunidad.



Sí, porque muchas veces ellos nos llaman para decirnos algo que saben que nos va a servir en nuestro territorio. A veces nos damos cuenta de las discusiones que se dan entre las juntas de acción comunal y el consejo comunitario”, comenta Indira. “Es una organización que trabaja para que no se violen sus derechos. Los jóvenes lo integran porque ellos van indicando cómo es el consejo y nos ayudan para poder salir adelante”, afirma Yuleidis. Representación de la comunidad hacia afuera, defensa de derechos y toma de decisiones, son tres ejes claves que definen el papel del consejo comunitario.

En Paraíso, desde la percepción de Manuel, hay también tensiones entre generaciones, que en este caso se derivan de la pérdida de lugar que tienen los viejos.

Hacia los años cincuenta, la comunidad tenía a los ancianos como los consejeros por su experiencia, a los que se les escuchaban sus recomendaciones para bien; hoy a la gente no le interesa lo que piensan los ancianos. Muchas de las actuaciones de las personas han cambiado, la juventud ya no obedece a los mayores.

Los riesgos y las amenazas para el territorio colectivo se refieren a “personas que llegan con otras costumbres, nos dañan nuestras tierras, nuestra naturaleza, el turismo que llega, hace cosas que no estamos acostumbrados a hacer”, dice Luceli. Para Leonel la situación no es buena, “porque nos

están contaminando el agua y están destruyendo nuestro ambiente; no debemos vender nuestras tierras a gente desconocida”. Y en ese mismo sentido, Yuleidis precisa: “Sí, porque me he dado cuenta que si dejamos que un desconocido compre las tierras vamos desapareciendo como comunidad. Es pertinente hacer que la gente cambie de pensamiento para no vender las tierras, porque juntos podemos vencer. No venderle tierras a extraños ni que nos dejemos engañar por otros”. Cerrando el intercambio de opiniones, Indira señala que “si no defendemos nuestro territorio podríamos perderlo, por eso es importante poner en práctica lo aprendido”.

¿Cómo potenciar la participación de la juventud?

Si bien no fue una pregunta hecha en todas las comunidades, las respuestas constituyen una base importante para pensar en caminos posibles que estimulen y fortalezcan las potencialidades y los vínculos de participación de la juventud.

En el norte del Cauca son pocos los encuentros organizados por grupos que construyan un sentido de vida comunitario aprovechando los talentos y las capacidades de los jóvenes. Por otro lado, tampoco se tiene un sentido de pertenencia rural colectiva, debido a una dinámica muy individual de la mayoría de jóvenes. Un adulto de Aires de Garrapatero presenta una propuesta de tipo sociocultural.



Cuando hay sentido de pertenencia en los habitantes de una región x o y... podemos recuperar toda la parte social, artística, cultural... Hay jóvenes con un potencial tremendo, es una cuna de líderes, hay pastores, futbolistas, abogados, maestros... Si recuperamos nuestra juventud brindándoles un lugar donde ellos puedan sacar toda la creatividad como un salón artístico y cultural, donde ellos puedan ir a pintar, donde los que también cantan puedan ir a cantar, donde los que tocan puedan ir y tocar, creemos que esa es la forma como podemos recuperar a nuestra juventud y el aspecto social de nuestra vereda (Carlos Mezu Carabali, 2011)²⁰.

Desde otra perspectiva se llama la atención para promover relevos generacionales que permitan desarrollar los proyectos en la comunidad.

La gente siempre quiere ver en los jóvenes como el motor... pero ellos no se han preocupado por entregar el motor, a veces parece que ellos no quisieran verlo a uno... a todo le ponen pereque, o eso no sirve, eso para qué, eso es una bobada. Por ejemplo, lo que hace Javier, es valioso, cantar... ellos lo ven como vagancia, bobadas... no hay los mecanismos para acceder a los espacios comunes, dice Lupe.

La poca valoración del potencial de las y los jóvenes va desmotivándolos para proponer y hacer cosas. “Nosotros decíamos úsenos, pero no nos decían nada... y humm”, comenta Ana con frustración. Los espacios de participación surgen de los jóvenes, pero no son valorados ni apoyados.

Acá en San Antonio hay pobreza mental en nosotros los jóvenes... ¿Por qué? Porque si yo estoy en el grupo RADSADH, estoy en danza, me gusta el trabajo social, comunitario, me gusta, lo hago. Entonces acontece que tengo cuatro, cinco parceros que andan conmigo y me dicen: Vos qué hacés ahí, Palacios, ahí lo que hacés es perder el tiempo, esto y lo otro, palabras textuales, vos qué haces ahí, parecés modelando... No es que no sean inteligentes, son personas que tal vez no han salido, personas que no tienen el conocimiento suficiente, cuenta Javier.

“Se propone incluir expresiones artísticas, aclarando que “no todo es rumba... no es que uno se vaya a sentar... invisible... como un cero a la izquierda... ignorados”, añade Ana. Tampoco se trata de pensar en actividades costosas: “No es plata, no es recurso, es como el apoyo, como la cobija... pero si dicen, ¡Ah!, sí, bueno, ese es el detallito, precisa Lupe.

²⁰ Presidente de la Junta de Acción Comunal



A propósito de este tipo de espacios culturales y creativos, es importante retomar algunas experiencias, a manera de ejemplo. Una, reúne a un grupo de músicos que alegra con sus ritmos las reuniones y la vida del lugar y, también, de la región. Retomamos algunos apartes de una crónica hecha en 2010.

Se trata de la Asociación Cultural Asoculcar, conformada por los hermanos Pastora de 61 años, Aura de 59 años, José Mariano de 52 años, Secundino Murillo Sánchez y por Efrén Caracas Sánchez de 63 años, primo de los primeros. Esta organización musical da continuidad y recrea la herencia musical de don José Pastor Sánchez casado con María Regina Murillo Mosquera, padres y tíos de estos músicos. Don José murió el 6 de enero de 1988 cuando tenía 73 años... El Carmelo durante muchos años, fue un real de

minas, en la cual trabajaban esclavizados indios y africanos. Cuando fue abandonado el lugar por los colonizadores, muchos pobladores de Andágueda, Iro y El Tabor se quedaron, junto con muchas expresiones culturales, especialmente africanas. En la actualidad Carmelo, que está bañado por los ríos Muerto y Pureto, tiene una población de 624 personas... Los hijos e hijas llevan en la memoria la influencia y enseñanzas de don José Pastor para la música, el canto y el baile, pero también para la vida. “Mi papá se dedicaba más que todo a la agricultura, cazaba con perro y con escopeta y armaba lazo, también era curandero, partero, él curaba culebra (picadura) y curaba ojo (maleficio)”. ... “Este folklore, eso viene por herencia”, piensa Mariano. “Cuando nosotros oímos tocar a mi papá, pero mi abuelo también era músico y también tocaba y él me contaba que el bisabuelo de él también era músico, entonces eso viene por herencia... Los tres instrumentos que interpreta el grupo son la tambora, el guache y el remo. Y están decorados con dos colores: el verde por la naturaleza y el blanco porque “somos una comunidad que ha vivido y vive en paz (...). El grupo toca jota, quilele, abosao, rumba, torbellino y un son que se dice la amoladora ... Cuando estuve en Petronio, yo me sentí muy bien, porque gracias a Dios pues yo sentado en una silla y yo tocando y la energía de la gente. Es que uno tiene que andar con dinámica y andar bien y uno ve la multitud de la gente y quiere hacer



las cosas bien. Ya cuando nosotros salimos y vimos que habíamos ganado el Festival Petronio Martínez. ¡No, a mí la alegría me iba a matar!”²¹.

Otras experiencias se derivan del acompañamiento del OTE en cartografía social y comunicación, asuntos relacionados con los procesos organizativos de las comunidades. Las propuestas que se han trabajado participativamente han promovido la participación ampliada de personas de la comunidad, enfatizando en las y los jóvenes, sin restringirlas a ellos. En estos ejemplos, el propósito de la formación técnica es uno de los ingredientes necesarios, que cobra sentido en relación con un proceso social concreto, el de sus comunidades. Es el caso de la cartografía social y la formación y práctica al respecto que han realizado varios jóvenes en las diversas comunidades que acompaña el OTE, y que se han configurado como colectivos que, a su vez, aportan y acompañan procesos en comunidades diferentes a las propias. De esta manera se constituyen a la vez en maestros desde sus propias experiencias y van configurando un grupo crítico y conocedor de sus propios territorios, de sus recursos y su manejo y, también, de las amenazas que los acechan²².

En el caso de la comunicación comunitaria, se trata de un proceso reciente que tiene como eje la producción, por parte de los pobladores de los consejos comunitarios, de piezas comunicativas de audio y video, piezas que permitan establecer dinámicas de comunicación alternativa y comunitaria en los consejos y hacia espacios externos. Este proceso se desarrolla en las tres regiones y avanza notablemente en Asocasan y los 21 consejos locales que la conforman, que asumieron esta propuesta de comunicación con el criterio fundamental de que ella debe estar al servicio y en conexión profunda con los procesos comunitarios, que son los que le dan sentido y norte a la creación y producción de piezas y dinámicas comunicativas.

La idea de la participación como fuente y vida de los procesos organizativos y políticos parece haberse quedado en la retórica, en el discurso. Pero, además, ha sido tan mal usada que parece haber perdido su sentido más profundo. Así, fácilmente llamamos participación a la asistencia a un evento, a una reunión e, incluso, nos sentimos participando cuando obedecemos las órdenes de otros. Es

²¹ Cfr. Osorio, Flor Edilma. Cantando memoria: “Esto no se acabó pues aquí están los hijos de Pastor”. Noviembre de 2010. www.etnoterriorios.org

²² Remitimos a la publicación ya referenciada, “Mapeo social y prácticas de cartografía territorial”, que recoge la experiencia de estos jóvenes cartógrafos. <http://etnoterriorios.org/CentroDocumentacion.shtml?apc=x-xx-1-&x=237>



necesario revitalizar la idea y la acción de la participación, dándole el lugar central en lo que concierne a la toma de decisiones sobre nuestra vida, nuestros recursos, nuestro bienestar. Eso supone formar un sentido crítico sobre las situaciones para valorarlas con criterio y tomar las decisiones asumiendo los riesgos que ello supone.

Queda planteada la necesidad de generar mecanismos de interacción e interlocución entre generaciones, en los que se reconozcan los esfuerzos y las capacidades de hombres y mujeres, de todas las edades. Estos espacios, además de poner en común habilidades de todo tipo, abren otros puentes de comunicación para abordar asuntos de diferente orden que van estableciendo una dinámica relacional mucho más fuerte.

La promulgación de leyes se queda fácilmente en una apariencia. Como afirma Manuel:

A pesar que existen políticas públicas dirigidas a atender la población juvenil en la región Caribe, es muy poca la participación de los jóvenes en los programas de formación comunitarios. Cabe anotar que (...) los consejos de juventudes, departamentales y municipales, no pasan de ser más que el cumplimiento de los gobernantes para con la ley, puesto que se quedan en la simple elección de los representantes de esta población.

Por ello, la ley no dice nada acerca de juventud rural, pese a definir espacios municipales que



definan acciones locales para la juventud. Si no hay espacios “desde abajo”, que propongan y promuevan acciones específicas, los espacios construidos “desde arriba” se quedan en enunciados huecos. La participación no resulta de una orden o de una norma. Se trata de procesos permanentes, que se retroalimentan con la experiencia misma de participar, que van generando historias y aprendizajes colectivos no solo sobre lo que resulte exitoso, sino también de los problemas y dificultades. Allí se aprende a defender ideas con argumentos, a escuchar y a disentir de los otros con respeto, a lograr consensos con posiciones diversas, a resolver conflictos y manejar tensiones y a establecer perspectivas a mediano y largo plazo que permitan sopesar y relativizar los desacuerdos. Y en ese aprendizaje, la familia, la escuela, el vecindario y la comunidad en sus diferentes colectivos, se constituyen en espacios pedagógicos cotidianos para todos los pobladores, en especial para niños y jóvenes.



¿Cómo vemos las cosas aquí?

¿De qué maneras la juventud participa en esta comunidad?

¿Qué opina de esa participación?

¿Cómo participa la juventud en los procesos de defensa territorial de su comunidad?

Si pudiera decidir en la vida de su comunidad ¿cuáles serían las tres situaciones que modificaría y las tres que mantendría en su comunidad?



Conclusiones

Este recorrido con las y los jóvenes de diferentes consejos comunitarios de comunidades afrodescendientes nos ofrece un primer plano de sus opiniones, percepciones y experiencias en torno a algunos asuntos que, a juicio nuestro, son claves para comprender su realidad en perspectiva étnica.

Este es apenas un ejercicio exploratorio que busca conocer y difundir en las comunidades la voz de las y los jóvenes que participaron y colaboraron reuniéndose y dialogando sobre las muchas cuestiones que se formularon. Nuestro reconocimiento para ellas y ellos, precisando la validez e importancia de sus respuestas y comentarios. Hemos dado espacio a casi todos los testimonios, pues son la fuente directa de reflexión para todos nosotros, mirando con atención lo que corresponde a cada comunidad en particular y dando una mirada de conjunto sobre las tendencias encontradas. A continuación nuestro propio balance.

Las y los jóvenes están situados en un contexto concreto, con una historia y unas condiciones materiales y culturales que les facilitan y les restringen la realización de sus vidas. De allí que insistamos en situar la vivencia de la juventud en cada lugar, pues a partir de esa relación poco evidente se tejen las vivencias cotidianas. Ahora bien. La insistencia en situar la realidad de la juventud no significa que consideremos que esa realidad es inmodificable. Por el

contrario, en el texto encontramos varias propuestas orientadas a generar cambios en esos contextos. Es bueno constatar una fuerte tendencia a valorar de manera muy positiva las comunidades que habitan, tanto en su entorno físico, sus paisajes y recursos, como en las relaciones sociales que allí se tejen, así como la calidad de su gente. Todo ello constituye un legado que la juventud disfruta y que se ha instalado profundamente en sus propias historias individuales, con recuerdos muy gratos. Ello no significa que se ignoren las necesidades o dificultades que se tienen y que los afectan directamente. Esa valoración muy positiva de su comunidad es puesta en discusión cuando se plantean los asuntos de la guerra, de las migraciones y de la participación de la juventud en los espacios comunitarios. Con respecto a la guerra, en las historias de estos jóvenes no parecen predominar hechos concretos y directos que los hayan marcado dolorosamente. Los hay, pero son más bien tangenciales y, por lo menos en las narraciones, no parecen constituir un factor de quiebre y traumatismo profundo. Una fortuna sin duda, en la medida en que todas estas comunidades han estado asediadas y afectadas por la guerra. Sin embargo, conviene no desestimar el impacto del conflicto armado en la vida y las decisiones de estas mujeres y hombres jóvenes. El peso simbólico de la guerra en los procesos participativos, en el ejercicio de la palabra para manifestar el desacuerdo, en los modelos de hombres y mujeres



La esperanza la tenemos nosotros

exitosos y poderosos, puede ser muy fuerte aun cuando pase desapercibido. Es posible que los hechos violentos estén más presentes en la memoria de sus padres y de los adultos en general, quienes prefieren no hablar de “esos temas” que provocan tanto dolor. Por ello, para esta juventud la memoria de la guerra es quizás un recuerdo más bien difuso que aunque presente, parece estar situado un poco lejos de su comunidad y de sí mismos.

Las migraciones hacia las ciudades parecen ser un paso obligado si se quiere salir adelante, como bien lo expresó uno de los jóvenes. Estudiar, tener una profesión y un trabajo con ingresos estables, constituye el sueño de estos jóvenes, y esas condiciones solo pueden lograrse en las ciudades. Sus búsquedas temáticas no tienen fronteras: no se trata solamente de aprender a ser mejor agricultor, pues actividades de ese tipo no necesariamente forman parte de sus intereses. Hay una gama de profesiones que animan la continuidad del estudio en muchos ámbitos, que chocan con la mirada reducida de la poca oferta educativa existente, la cual se disminuye de manera significativa cuando se piensa en la educación de los jóvenes del campo para ofrecer solo carreras agropecuarias y tecnológicas.

Aunque hay una expresión importante que incluye la continuidad de sus estudios de manera muy relacionada con los destinos de sus comunidades y con



la intención de retornar para trabajar con los suyos, este deseo está condicionado de muchas maneras. Pero sobre todo, como se dijo en el capítulo correspondiente, conviene que las comunidades mismas y sus autoridades generen participativamente posibilidades suficientes y dignas para ese regreso. Frente a los muchos deseos y sueños manifestados, nos preguntamos: ¿qué tantos jóvenes podrán cursar sus estudios? ¿Qué tantos regresarán a habitar sus territorios y a romper con el lastre del abandono rural? En ese recorrido, ¿tendrán mayores ventajas las mujeres que los hombres?

Pensar en salir como forma de avanzar no disminuye la gran valoración y el apego por el territorio. La familia, la confianza, la seguridad que facilita el movimiento libre, la protección y distancia de problemas que se relacionan con la juventud como la drogadicción y la delincuencia social, de la cual no están ausentes, así como la belleza de paisajes, la alegría, la fiesta y muchas otras características del territorio, están presentes para motivar a que se queden. Esas ventajas, sin embargo, dejan de ser tales cuando no se ven opciones claras de realizarse y de dar respuesta a sus intereses. La noción de



progreso que se ha ido imponiendo y mostrando como modelo está muy influenciada por el consumo como posibilidad de realización personal y de ubicación en la sociedad. Ello requiere una discusión y reflexión colectiva, crítica, que permita el discernimiento personal para manejar el bombardeo publicitario continuo, que deposita la autoestima individual en la adquisición de bienes materiales, lo cual genera sentimientos de incompetencia e inferioridad cuando ello no es posible.

Vivir en territorios marcados por el poco acceso a servicios y recursos en general e inexistentes para los jóvenes, con educación mínima, refuerza la idea de ser menos o de estar en condiciones desventajosas, precarias. Eso hace que la ciudad se sobrevalore y se asuma como un camino inexorable para ser 'alguien' y para migrar cuando termina el bachillerato. Los referentes existentes en su entorno y desde los medios de comunicación para definir qué quieren ser y hacer, se sitúan con frecuencia fuera de sus comunidades. Por ello, la migración se constituye en camino casi obligado para pensar el futuro, aprendizaje que no solo le corresponde a esta generación, sino que se ha constituido en estrategia de sobrevivencia de las anteriores. Así, las ventajas particulares derivadas de sus territorios rurales, incluyendo la libertad que se goza en el campo, queda subestimada frente al espejismo que la ciudad ofrece para lograr los sueños de futuro, en una especie de trampa migratoria.

Las decisiones de partir y retornar están muy ligadas con los procesos de participación crítica y

comprometida que emprendan las y los jóvenes en cada comunidad. Sin duda, estar fuera estudiando mientras se mantiene un vínculo continuo con lo que pasa en el territorio, constituye un puente muy fuerte para posibilitar ese retorno y por mantener activada la pertenencia a su terruño. La continuidad de la participación y que la juventud siga involucrada con sus lugares de origen posibilitará también que los nuevos conocimientos, vínculos y demás aprendizajes puedan revertir en las comunidades, disminuyendo así las rupturas entre los que salen y los que se quedan.

Abrir los espacios para la realización integral es un reclamo que hace la juventud en diversos tonos. Se trata de facilitar escenarios y promover el uso del tiempo libre en actividades creativas que permitan descubrir y potenciar capacidades artísticas, deportivas y comunicativas. Los pobladores rurales, al igual que los ciudadanos, necesitan y disfrutan también de tales actividades y, por lo mismo, requieren de infraestructura y formación para ello. La insistencia en situarlos solamente como productores y trabajadores constituye una discriminación que acentúa las dinámicas migratorias. Los pobladores del campo producen también cultura: música, fiestas, carnavales, artesanías, poesía, narrativa, creación gráfica, entre muchas otras expresiones. Y en ello la escuela y los colegios pueden desempeñar un papel fundamental, que vaya más allá de los currículos formales para proyectarse en un trabajo a largo plazo mancomunado con las autoridades étnicas, de manera que estas actividades se fomenten permanentemente.



La participación de la juventud en la dinámica de los consejos comunitarios, en tanto gobierno propio, muestra un enorme vacío, enmarcado por la queja de los adultos frente a la apatía de la juventud para participar y en el reclamo de esta porque no está participando suficientemente. ¿Una evidencia de la brecha generacional? Ello amerita una discusión amplia en los consejos comunitarios y una revisión autocrítica de qué está pasando al respecto, no solo con la participación de la juventud, sino con la de las mujeres y, en general, de la comunidad. La construcción de la democracia, según las fórmulas de la democracia representativa, que lleva a escoger unos delegados como responsables de una labor de gobernar, duplica los graves problemas de aislamiento, concentración del poder y distancia que en una comunidad pequeña pueden resolverse mediante modalidades mucho más directas e incluyentes.

Aunque tienen mucho en común como ser de comunidad étnica reconocida por los consejos comunitarios, asisten a escuelas parecidas y tienen una configuración familiar parecida, la juventud rural se encuentra sujeta a las propias dinámicas de cada territorio; cada vereda tiene su propio carácter y con ello podría decirse que sus pobladores también.

Esta reflexión de Diana Victoria, desde su experiencia como investigadora en el norte del Cauca, es muy válida. En cada consejo comunitario los jóvenes

viven situaciones diversas frente a las luchas por el territorio y, por tanto, se vinculan y sintonizan de manera diversa. Así, para la juventud en el norte del Cauca las luchas por el territorio apenas aparecen esbozadas, dado que además se está en tiempos iniciales de definir y delimitar su territorio. En Asocasan, Chocó, las y los jóvenes habitan un territorio ya titulado y encuentran posibilidades de participación en la caracterización de la biodiversidad, en la elaboración de los reglamentos de su uso, en la cartografía social y en la apuesta por una red de comunicación local. En el Caribe, mientras Palenque ha recibido recientemente su título colectivo y tiene a su favor un reconocimiento como patrimonio inmaterial que se traduce en el fortalecimiento del autoreconocimiento de su juventud, los consejos comunitarios vecinos de Eladio Ariza y Santo Madero avanzan con ritmos diferentes en sus dinámicas, respondiendo a las exigencias simultáneas de defender su territorio y de fortalecerse internamente. Cada situación implica desafíos diversos y exigencias particulares que demandan, en todo caso, la profundización de la democracia organizativa y la ampliación de la vida participativa y política de todos sus pobladores, sin importar su género o su edad. Más que los recursos económicos, que sin duda se requieren, la fuerza mayor que tienen las comunidades para lograr sus propósitos son las personas que las conforman.

Una de las diferencias que marcan a la juventud de las comunidades étnicas tiene que ver con el sentido de comunidad, de pertenencia y solidaridad



con la comunidad en tanto familia ampliada que difiere de la búsqueda de éxito individual puramente (Poirier, 2009). Ahora bien. Las generaciones presentes en cada comunidad (ancianos, adultos y jóvenes), tienen y han tenido vivencias juveniles diferenciadas. Cada generación tiene experiencias y establece relaciones diversas con el territorio y sus recursos, con las relaciones de autoridad frente a sus mayores, el acceso a la escolaridad, los medios tecnológicos y de información disponibles y con intereses diferentes frente a la sociedad mayoritaria y a las luchas territoriales y políticas. A partir de los testimonios es evidente, por ejemplo, que la juventud en estas comunidades es quizá la primera que goza de la posibilidad de acceder a la educación formal hasta el bachillerato, gracias al esfuerzo de sus familias; y que, además, pueden soñar con algún realismo con la idea de seguir estudios universitarios. En fin, son experiencias diferentes frente a procesos de reivindicación y de afirmación identitaria y cultural. Hay allí unas vivencias diferenciadas que marcan tensiones intergeneracionales, apenas obvias, que se disputan la pertinencia de las orientaciones y decisiones actuales.

Situados en dichas tensiones conviene señalar los temores, muchas veces bien fundados, de los líderes tradicionales que han vivido las duras luchas por la titulación colectiva y que ven el poco interés de la juventud actual frente al territorio. O el temor que tienen frente a orientaciones distintas que puedan tener líderes jóvenes para negociar con empresas mineras u otros intereses que comprometen la

autonomía territorial. Desde los jóvenes también hay reclamos por el cierre a los espacios de decisión, por la desconfianza manifiesta, por la poca atención a sus intereses y necesidades. La juventud desestima, por su parte, los saberes tradicionales y actúa con alguna soberbia frente al desconocimiento de las nuevas tecnologías e información ¿Cómo manejar y resolver creativamente estas tensiones para evitar que se acumulen y abran brechas innecesarias? Conviene señalar el papel clave que tiene la comunidad como espacio de socialización, de formación y aprendizaje para todos, pero muy especialmente para la niñez y la juventud. Como afirma Manuel, desde su experiencia como joven poblador e investigador regional en el Caribe,

la juventud es la primera etapa para ir orientando el proyecto global de vida en las comunidades negras. Para esta población ser joven es un estado del alma, de fuerza espiritual, mas no un periodo de la vida o estado cronológico. Con la educación tradicional, los niños y las niñas se forman con la guianza de los padres; culturalmente aprenden por medio de la imitación y observación de las actividades de los mayores. Por ello en todo proceso del paso de la niñez a la juventud, por lo general, no solo los padres lo acompañan, sino que además es de interés de la comunidad que lo rodea.

Ello nos confirma el papel clave que cumple el vecindario en la orientación y formación de sus niños y jóvenes.



Dentro de la comunidad y en sintonía con esta, subrayamos el papel de la escuela y los colegios, que en estos territorios deberían tener una relación orgánica con los procesos colectivos. En ese sentido, es importante mencionar el ejemplo de cómo procesos indígenas en Ecuador y el Movimiento sin Tierra de Brasil, han enfatizado en la educación como parte vertebral de su movimiento, con la certeza de que allí radica la posibilidad de fortalecer y sostener el colectivo, pues por medio de ella se crean y recrean valores, identidades, prácticas y conocimientos fundamentales para la comunidad. Se trata entonces de que “el movimiento social se convierta en un sujeto educativo, y que por tanto todos sus espacios, acciones y reflexiones tengan una “intencionalidad pedagógica” (Zibechi, 2006: 4).

Por la escuela pasa la revaloración de lo propio, de los conocimientos, del territorio y de la cultura, aspectos que configuran el patrimonio colectivo fundamental en la sostenibilidad de las comunidades. No querer la tierra, como algunos chicos confesaron, es un indicio suficiente para examinar la situación no solo desde lo inmediato, sino desde una perspectiva temporal de más largo plazo, pues la cosmovisión y el sentido colectivo territorializado soportan, en buena parte, los procesos de defensa y lucha por la

autonomía territorial. Para contrarrestar esa mirada negativa empobrecedora, influida por las miradas despectivas que se construyen desde los centros urbanos sobre el campo y sus pobladores, es necesario afianzar la valoración positiva de lo propio. Fortalecer el autoreconocimiento es una tarea cotidiana vinculante de todos los pobladores, que bien podría ser incluida en las agendas prioritarias de los centros educativos y de las autoridades étnicas.

Entre “la esperanza la tenemos nosotros” y sentir que la juventud es “un cero a la izquierda”, dos extremos manifestados por los jóvenes en estas comunidades, hay una diversidad posible de posiciones incluyentes frente al papel de las y los jóvenes, que debe revisarse y reconfigurarse sustancialmente, para construir colectivamente caminos propios y participativos que fortalezcan las dinámicas inherentes a los procesos colectivos de autonomía territorial, en donde la niñez y la juventud tengan un lugar importante y una voz propia, reconocida en sus comunidades. Desde allí será mucho más posible avanzar hacia las relaciones y la acción con la juventud de otras comunidades afro, campesinas, indígenas y urbanas, que permitan ampliar horizontes de vida y comprensión, manteniendo compromisos vitales con sus territorios.

Bibliografía

Arendt, Hannah. 2007. *¿Qué es la política?* Buenos Aires, Paidós.

Asprilla, John. 2009. "Censo 2005. Jóvenes afrocolombianos: caracterización socio demográfica y aspectos de la migración interna". Siete estudios poscensales de jóvenes investigadores. Convocatoria Dane-Unfpa Jóvenes talentos en el desarrollo. En: http://www.dane.gov.co/files/censo2005/etnia/sys/jovenes_afrocolombianos.pdf

Butler Judith. 2006. *Deshacer el género.* Paidós Studio 17. Barcelona.

Castellanos Juan Manuel y William Torres. 2008. "Una revisión de la producción académica sobre la violencia política en Colombia para indagar sobre el lugar de los jóvenes y las jóvenes". *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales sobre Niñez y Juventud.* <http://www.umanizales.edu.co/publicaciones/campos/cinde/Vol6/No.%202/Unarevision.pdf>

Cepal. 2012. *Población, territorio y desarrollo sostenible.* Cepal. Santiago de Chile. Documento digital recuperado el 28 de enero de 2013. En <http://www.eclac.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml=%20/publicaciones/xml/2/46802/P46802.xml&xsl=/celade/tpl/p9f.xsl%20&base=/tpl/top-bottom.xslt>

Comisión de Seguimiento a la Política Pública de Desplazamiento Forzado. 2011. "Cuantificación y valoración de las tierras y los bienes abandonados o despojados a la población desplazada en Colombia". Bogotá, enero de 2010. En http://www.codhes.org/index.php?option=com_content&task=view&id=39&Itemid=52. Recuperado en octubre 26 de 2012

Dane. 2007. "Los grupos étnicos en la Colombia de hoy". En *Colombia: una nación multicultural. Su diversidad étnica.* Departamento Administrativo Nacional de Estadística. Recuperado el 20 de febrero de 2010. Disponible en http://www.dane.gov.co/files/censo2005/etnia/sys/colombia_nacion.pdf

Defensoría del Pueblo, 2012. "Masacres". <http://m.rcnradio.com/noticias/defensoria-del-pueblo-advierte-que-33-masacres-se-registraron-en-colombia-durante-2012>

El Tiempo. "Éxodo masivo en Palenque". 11 de abril de 2001. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-523896>. Recuperado el 7 de febrero de 2013.

Faisal, Sergio. 2012. *Los dos Congos de la guerra. Cifras de la tragedia mundial de la infancia en la guerra.* Reporte anual del Tribunal Internacional sobre la Infancia Afectada por la Guerra y la Pobreza del Comité de Derechos Humanos. Madrid-Unión Europea. Recuperado el 13 de marzo de 2013 . <http://www.crin.org/docs/REPORTEINFANCIAMUNDIAL2012.pdf>

García, Nohemí. 2012. "Colombia: feminicidio invisible". En [feminicidio.net](http://www.feminicidio.net). Recuperado el 10 de marzo de 2013. en <http://www.feminicidio.net/noticias-de-asesinatos-de-mujeres-en-espana-y-america-latina/redaccion-propia-de-noticias-sobre-violencia-de-genero/2718-colombia-feminicidio-invisible.html>

Giménez, Gilberto. "El debate contemporáneo en torno al concepto de etnicidad". En *Cultura y representaciones sociales.* Año 1, nº 1. Septiembre de 2006. <http://www.culturayrs.org.mx/revista/num1/>



Osorio, Flor Edilma y Mauricio Herrera. 2012. “Prácticas de seducción y violencia hacia la quimera del progreso: la combinación de las formas de lucha del capital”. En *Autonomías territoriales: experiencias y desafíos*. Observatorio de Territorios Étnicos. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.

Ospina, Héctor y otros. 2011. *Experiencias alternativas de acción política con participación de jóvenes en Colombia*. Universidad de Manizales, Cinde. Manizales.

PNUD. 2008. *San Basilio de Palenque frente a los Objetivos de desarrollo del milenio*. PNUD-Observatorio del Caribe Colombiano. Recuperado el 25 de febrero de 2010. http://www.pnud.org.co/img_upload/33323133323161646164616461646164/ODM%20Palenque.pdf

Poirier, Sylvie. 2009. “Les dynamiques relationnelles des jeunes autochtones”. En *Jeunesses autochtones*. Natacha Gagné et Laurent Jérôme, dir. Presses Universitaires de Rennes.

Posso, Jeanny. 2008. *La inserción laboral de las mujeres migrantes negras en el servicio doméstico de la ciudad de Cali*. Universidad del Valle. Cali.

Reyes, Mate. 2003. “La causa de las víctimas. Por un planteamiento anamnético de la justicia (o sobre la justicia de las víctimas)”. Segunda conferencia del III Seminario de filosofía de la Fundación Juan March. Documento recuperado el 25 de octubre de 2012. <http://www.proyectos.cchs.csic.es/fdh/sites/proyectos.cchs.csic.es/fdh/files/March2.pdf>

Sánchez, Olga Lucía. 2010. “¿Será que a las mujeres nos matan porque nos aman? Femicidios en Colombia 2002-2009”. Casa de la Mujer-Funsarep-Ruta Pacífica de las Mujeres-Vamos Mujer. Documento recuperado el marzo de 3 de 2013. <http://www.rutapacifica.org.co/descargas/publicaciones/femicidios.pdf>

Scott, Joan. 1996. “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. En Marta Lamas (comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. PUEG. México.

Semana. “Alto San Juan-Tadó”. En *Semana.com*. Lunes 10 de marzo de 2003. <http://www.semana.com/on-line/balto-san-juantadob/68734-3.aspx>

Soto, David y otros. 2007. *Palenque: cultura presente, territorio ausente*. Universidad Externado de Colombia. Bogotá. <http://www.rimisp.org/FCKeditor/UserFiles/File/documentos/docs/pdf/0553-010070-palenequeculturaresenteterritorioausente.pdf>

Verdad Abierta. “La llegada de los ‘paras’ a Santander de Quilichao”. Martes, 7 de junio de 2011. <http://verdadabierta.com/justicia-y-paz/3304-la-llegada-de-los-paras-a-santander-de-quilichao>. Recuperado el 29 de enero de 2013.

Zibechi, Raúl. 2005. *La educación en los movimientos sociales*. El Programa de las Américas del IRC. Programa de las Américas. Silver City, NM: International Relations Center. En http://bibliotecadigital.conevyt.org.mx/coleccion/documentos/Catedra_Andres_Bello/Agosto%202007/Lecturas/Zibechi.pdf. Recuperado el 20 de marzo de 2013.

“La esperanza la tenemos nosotros”
Experiencias y percepciones de jóvenes
afrodescendientes de comunidades en lucha por la
autonomía territorial

¿Qué percepciones y experiencias tienen las y los jóvenes en algunas comunidades afrodescendientes rurales frente a su relación con el territorio? Esta fue la pregunta que orientó este estudio exploratorio, realizado en el marco del Observatorio de Territorios Étnicos (OTE) y que surge a partir del reconocimiento de su importancia en tanto actores sociales clave en sus comunidades, así como de la evidencia del lugar marginal que ocupan en ellas.

Entre “la esperanza la tenemos nosotros” y sentir que la juventud es “un cero a la izquierda”, dos extremos manifestados por los jóvenes en estas comunidades, hay una diversidad de situaciones y posiciones que las y los jóvenes ocupan. Tales realidades deben revisarse y reconfigurarse sustancialmente, para construir colectivamente caminos propios y participativos, en donde la niñez y la juventud tengan un lugar importante y una voz propia, reconocida en sus comunidades. Desde allí será mucho más posible avanzar hacia relaciones y acciones con juventudes de otras comunidades afro, campesinas, indígenas y urbanas, que permitan ampliar horizontes de vida, manteniendo compromisos vitales con sus territorios.

www.etnoterritorios.org